REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica **1935** Sábado 1.º de Junio | Núm. 21

Año XVI—No. 733

SUMARIO

Un ensayo sobre el academicismo de don Pío Baroja

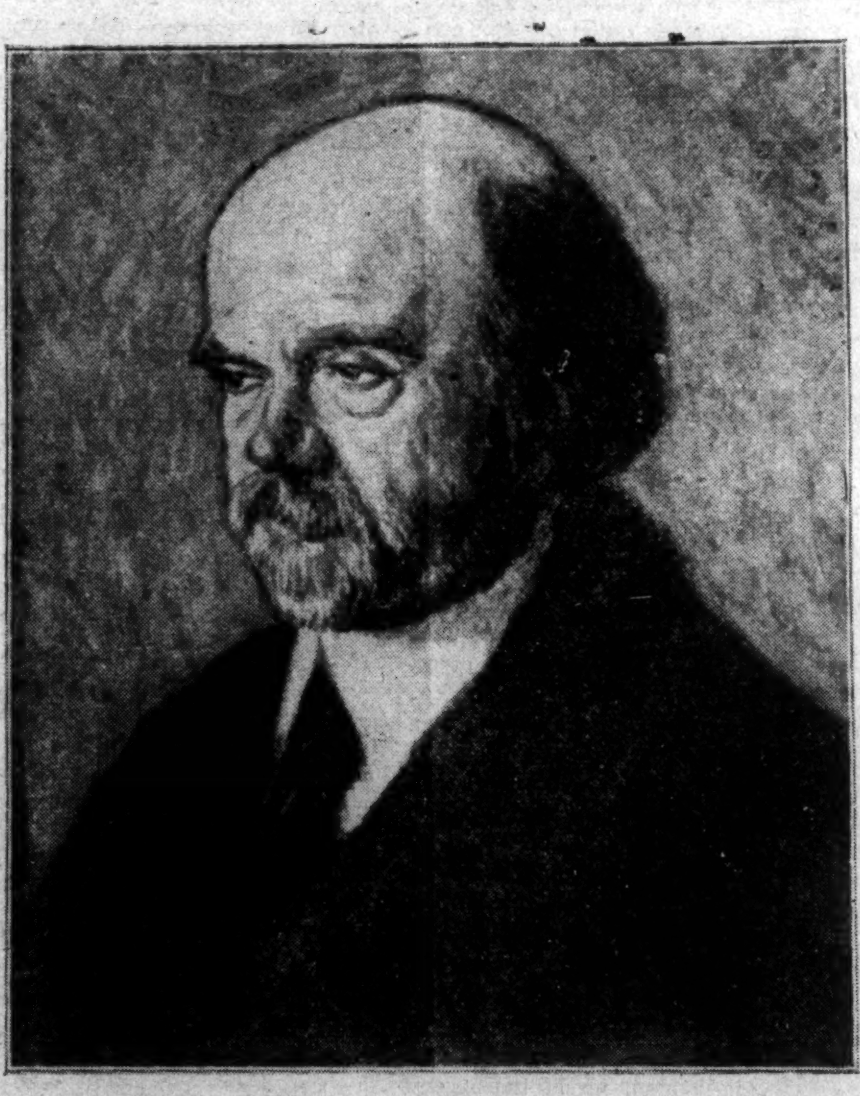
El hombre del café y el hombre de la calle. La farsa del antiacademicismo. Estética de Baroja

Por GREGORIO MARAÑON

= De *La Nación*.—Buenos Aires, 28 abril, 1935. =

1

En la vida española, y probablemente en la de todos los países latinos, tiene una parte y una responsabilidad profundas, un pequeño monstruo anónimo y temible, que es el hombre del café. No es, como en otras latitudes, el hombre de la calle que entra unos minutos en el café o en el casino, para descansar de la tarea diaria o para hablar o negociar con gentes distintas de las de su medio habitual. Nuestro hombre del café es, sólo esto, hombre del café, desde la mañana hasta cerca de la mañana siguiente. Incluso, si trabaja algún rato, si va, por ejemplo, someramente a la oficina, lleva allí el espíritu disolutivo y acerbo de la tertulia. Nuestro don Miguel de Unamuno, llevado de su prurito, no de contradicción sino de contrapelo, que tanto ha contribuído a mantener despierta la conciencia nacional, pero que, a veces, la enturbia (quizá para que luego se aclare más), ha dado no hace mucho el espaldarazo de su elogio a este hombre del café. Es difícil saber la razón. Precisamente debemos a Unamuno las páginas más profundas sobre la pasión del resentimiento, morbo insinuante y letal de la vida española; y quien, como él, la conoce por versión directa y entrañable, como pocos españoles más — entre éstos está el mismo don Pío Baroja—, sabe bien que el hombre del café es, entre otras cosas, manantial inagotable de resentimiento. Cuando el hombre de la calle, lleno de afanes, pasa por delante de una de esas terrazas o escaparates del casino o del café, siente en sus carnes, sin necesidad de mirarlos, los dardos del resentimiento disparados por aquellos hombres, que vegetan rumiando sus propias acedías en torno de la mesilla redonda o puestos en pie detrás de un vasto cristal. El hombre de la calle pasa de largo, arrastrado de preocupaciones, por el arroyo fecundo. El otro, detenido en el meandro estancado del café, inyecta su resentimiento en el ambiente y no tiene otra misión. Grave error sería el confundirlos. El hombre de la calle hace la historia y el del café, fundamentalmente antihistórico, la envenena. De un político español no muy remoto se dijo que sus errores se debían a que no había ido nunca al café. Pero hoy vemos claro que lo mejor de su obra y la razón de que aun sigan vivos su huella y su recuerdo se debe, precisamente, a que jamás ancló en esas ensenadas del cenáculo casinero y del café con tertulia.



Pío Baroja

Por *Juan de Echavarría*

Vienen a cuento estas reflexiones porque cuando al comenzar el verano último, se supo que la Academia Española, con feliz unanimidad, había elegido a don Pío Baroja en una de sus vacantes, un remolino de sorpresa y de indignación agitó el espíritu del hombre del café y se transmitió como un rayo de mesa en mesa. ¡Baroja académico! El suceso representaba una traición de la Academia a su propia historia, llamando a su colaboración a quien más estrictamente encarnaba, al parecer, en la literatura española el espíritu antiacadémico; y representaba, además, en el gran novelista, la apostasía de su historia de personal aspereza, de supuesta rebeldía gramatical y de independencia un tanto selvática frente a las convicciones, valores e ideas y lugares comunes de nuestro medio social.

Y sin embargo, al hombre de la calle, no al del café, le pareció absolutamente natural que en una Academia donde deben reunirse las figuras más altas de la literatura de un país, tuviese su lugar de honor don Pío Baroja. Porque hasta el hombre de la calle no llega esa distinción artificiosa de lo académico y lo antiacadémico, artificio, es cierto, que algunas veces se originó en criterios de la Academia misma, pero que ahora no podían invocarse desde el instante en que la Corporación, por espontáneo impulso, llamaba a su regazo a quien se ha llamado a sí mismo "escritor de la calle".

2

Un gran escritor, para el pueblo —y para la Academia— es quien sabe expresar con la palabra escrita el mundo de la realidad de fuera y el de la realidad de sus propias creaciones; y de tal modo que exista "un paralelismo absoluto entre el movimiento psíquico de ideas, sentimientos y emociones y el movimiento del

estilo". Son estas palabras del propio Baroja que, aun cuando presume de descuidado y de antigramatical, tiene sus libros llenos de retazos de su teoría del arte literario, con los que, alguno de sus comentadores, podrá rehacer algún día la doctrina, nada liviana, de su Estética.

Y añade: "Cuanto más exacta sea esa relación, mejor. Yo creo que aquí debe pasar como en un retrato que es mejor como retrato (no como obra artística) cuanto más se parezca al retratado, no cuanto más bonito sea. Así, el hombre sencillo, humilde y descuidado, tendrá su perfección en el estilo sencillo, humilde y descuidado; y el hombre retórico, altisonante y gongorino, en el estilo retórico, altisonante y gongorino. El hombre alto, que parezca alto, el flaco, flaco y el jorobado, jorobado. Así debe ser. Las transformaciones de chatos en narigudos están bien para los institutos de belleza y otros lugares de farsa estética y popular, pero no para el estilo".

Hace años que tengo anotado este párrafo como clave de la estética literaria de Pío Baroja y en parte de su psicología; también, como argumento contra los despropósitos que han venido circulando acerca de su estilo, de su léxico y de su supuesto antiacademicismo. Es evidente que Baroja es el propio "hombre sencillo, humilde y descuidado" de las palabras transcritas; el escritor de la calle, en la que ocurren, junto a las gestas teatrales, manipuladas e insinceras que luego nos cuentan, como historia verdadera, los historiadores, esos sucesos sencillos, humildes y descuidados en los que, en verdad, reside la conciencia profunda de la humanidad en cada fase de su historia; y que son los que él gusta de rocoger y perpetuar. Como en su tiempo hicieron los novelistas de la picaresca más historia de España que los historiadores oficiales, así Baroja deja en sus libros una documentación más exacta y fundamental de la España de nuestro tiempo —o, al menos, de un aspecto de nuestra España— que la que se consigna en los diarios de las Cortes, en los artículos de fondo de los periódicos y en las crónicas altisonantes de la vida política y social.

Y precisamente, el acierto supremo de don Pío Baroja ha sido el referir esa entraña de la vitalidad española, difundida en el subsuelo anónimo de la calle, con su propio módulo expresivo y no con un lenguaje inventado, literario y, si se quiere, académico. El crítico, el erudito, el pedante, podrán hacer reparos, con la gramática en la mano, a los diálogos maravillosos —siempre maravillosos de exactitud— con que hablan los personajes de Baroja; pero el hombre de la calle los lee con fruición porque sabe que es así, y no de otro modo, como habla él mismo; con la misma fuerza espontánea y también con las mismas incorrecciones; benditas incorrecciones, signo de vitalidad; porque sólo es correcto lo que no tiene vida. Incorrecciones, además, que serán, muchas de ellas, correcciones futuras; porque el habla popular camina, por ventura, a la vanguardia del lenguaje literario y éste no es otra cosa que el poso estructurado y ya un tanto muerto, que deja tras sí la viva fermentación sin reglas posibles, del alma de las gentes, en su medio más genuino de expresión que es la palabra hablada.

En este sentido, la superioridad de Baroja sobre otros grandes literatos de su época, es incuestionable, incluso sobre el mismo Galdós, de quien soy tan apasionado. Alguna vez, el leer juicios de Baroja sobre Galdós, que no he creído justos, he cerrado un libro suyo con malhumor; que se desvanecía, por cierto, al instante; porque una de las características de la obra barojiana es el fenómeno constante, sin duda no buscado ni, acaso, apetecido por él, de que mientras perdura la emoción estética de su lectura, sus asperezas se desvanecen en el ánimo del lector sorprendido y en ocasiones agraviado, sin huella de rencor. Don Pío Baroja, por más que lo ha hecho, no ha logrado nunca ser verdaderamente terrible; y alguna vez estudiaremos en qué consiste esta diferencia, que hace mortal, en unos hombres, un gesto y, en otros, inofensiva una agresión desenfadada y directa. Los que más queremos a Baroja hemos leído muchas veces páginas atroces, que ha escrito contra cosas de nuestra máxima respetabilidad. Tal, en mi caso, contra Galdós. Pero es evidente que los personajes de Galdós, también de los estratos humildes de la vida, cuya alma, cuyo pergeño físico y cuyo ambiente describió con infinito escrúpulo y conocimiento, cuando hablan, no lo hacen con una exactitud semejante, sino con notorio artificio: el artificio, sin duda, del teatro, donde es inevitable el convencionalismo. En cada novela de Pérez Galdós hay una obra dramática frustrada. En varias, que se representaron después, como "El abuelo", "Realidad", etc., el diálogo es el mismo en las dos versiones, diálogo para ser dicho en el escenario, desde que se escribió; pero lo mismo podría haber ocurrido en todas las demás. Baroja, en cambio, es esencialmente antiteatral; y la versión humana genuina que nos da en sus libros, es justamente en el diálogo donde alcanza su mayor precisión y realidad.

Yo declaro que los diálogos de Baroja me entusiasman, empleando una de sus expresiones favoritas. Porque a Baroja, entre paréntesis, las cosas no le gustan o le disgustan, sino le entusiasman o no le entusiasman. Esta palabra "entusiasmo", con la de "farsa y farsante" y con la expresión "un tanto" que antepone a casi todos sus adjetivos, temiendo siempre comprometerse —"un tanto ridículo", "un tanto exacto", etc.—, serán las que más veces encuentren escritas en su obra los eruditos futuros que escriban y comenten su vocabulario; y en ellas se resume, como podría demostrarse, lo más genuino de la psicología de su autor. Pero esto nos llevaría a otro tema y hemos de volver a su diálogo que a mí, repito, como hombre de la calle, porque eso soy yo y no crítico, me parece expresión precisa de un momento determinado de la evolución del alma popular. Ahora bien, el alma del pueblo no puede decirse que sea académica; porque es más que eso, es preacadémica, crisol perenne de las perfecciones futuras.

Si la Academia no es, como creen algunos, una tertulia de gentes relamidas, sino un centro de estudio y de trabajo, donde se da su cauce científico, que es también necesario, al caudal vivo y en perpetua transformación del tesoro de nuestro idioma, caudal que nace a borbotones revolucionarios en las entrañas del pueblo, y del cual recibe todavía después de canalizado, constantes y necesarios afluentes que renuevan su vitalidad, es indudable que nadie habrá menos antiacadémico, en este sentido profundo, que el gran novelista al que dedicamos estas reflexiones.

3

Lo de antiacadémico, aplicado a Baroja, es, pues, una farsa sin importancia, de la que, a decir verdad, ha sido él mismo el principal inventor. Gómez de la Serna, en una de las críticas más perspicaces sobre nuestro autor recuerda que éste, hace ya muchos años, exclamaba: "Está visto que no seré nunca diputado ni académico". Diputado no, claro es; pero el primer libro que publicó Baroja, "Vidas sombrías", era ya su primer paso para ser académico. No en vano fué el mismo Azorín, que le elogió de recién nacido en los escaparates, el que muchos años después iba a su casa a anunciarle su elección, como gusta de referir nuestro autor, en una de esas escenas tan barojianas, de admirable expresividad, en las que un diálogo de tres líneas y la evocación, en dos palabras, de un paisaje, dan la impresión absoluta de esos instantes de nuestra vida, que apenas turban su superficie y en los que, sin embargo, se anuda el pasado con el porvenir. La sensibilidad para captarlos, a su paso fugaz, es una de las altas cualidades del novelista vasco y fuente principal de su poder emotivo.

El mismo Azorín, en varios de sus comentarios a las novelas de Baroja, cuando éste no había logrado aún su plena consagración popular, se revolvió más de una vez contra la supuesta rudeza literaria de Baroja, encomiando la belleza expresiva de sus diálogos y, sobre todo, de sus paisajes como aquellos de la "Busca", de "Mala hierba" y "Aurora roja", verdaderos descubrimientos de los suburbios de Madrid y de su campiña desolada, no sólo como hallazgo de una realidad eterna pero antes no vista, sino como técnica insuperable de su expresión, en pinceladas brevísimas, pero a las que ya no había nada que añadir. Con razón alababa Andrenio los apuntes maravillosos de paisaje de puerto, tan amados por nuestro novelista. Un capítulo de Baroja es, con frecuencia, una lucha tremenda de pasiones, encarnadas en personajes llenos de áspero claroscuro que parecen agitarse en un mundo irreal. Sólo en la última línea surge la indicación del escenario — un solar, un descampado, una callejuela, un tugurio, un crespúsculo, un cielo plomizo—; y basta, ella sola, para poner un fondo de realidad cósmica insuperable a la comparsa humana.

Lo terrible de las anécdotas es que la gente propende a definir por ellas las cosas; y, casi siempre, son y por eso son anécdotas, baches o fugas de la línea habitual del curso de las cosas mismas; el reverso, muchas veces, de lo normal; y en la vida de los hombres, la expresión, precisamente, de lo que no son y de lo que quisieran ser. Claro está que lo que se quiere ser es una parte importante de la personalidad, en cuyo material entra por mucho todo lo que se desea y se frustra; pero sólo una parte y llena, por cierto, de turbadores espejismos. De aquí la irrealidad radical de gran parte de las biografías y de las descripciones de pueblos, porque el viajero, como el historiador, tan parecidos en

tantas cosas, cae casi siempre en la trampa de dar un valor de definición al material anecdótico. Y Baroja es, entre nuestros contemporáneos, uno de los que más han sido deformados por esta influencia del episodio intrascendente y pintoresco.

Digo esto porque la reputación antigramatical de nuestro gran escritor está, en gran parte, basada sobre una anécdota famosa y conocidísima, suscitada por Baroja mismo. Una vez, en efecto, en ocasión de un viaje, Baroja utilizó el alto resonador de Ortega y Gasset para declarar que no sabía si debía escribirse "bajar de zapatillas", "bajar con zapatillas" o "bajar a zapatillas". Ortega refiere la confesión sensacional en un pasaje célebre titulado "Baroja tropieza en Coria con la gramática". Desde entonces, no hay opinión oral o escrita sobre el novelista vasco que no se adobe con esto de las zapatillas. Todos estábamos, no obstante, en el secreto de que Baroja sabía muy bien que se bajaba "en zapatillas" y que su compañero de viaje quiso darle el gusto de contar sus supuestas vacilaciones para que algunos majaderos, cuya irritación tanto le divierte, "se sintieran ofendidos en su honor gramatical".

Muy recientemente, Baroja afirma que no cree en las bellezas del lenguaje y que sólo se ha cuidado de expresar sus ideas y sus sensaciones con claridad. Pero la claridad es, sin duda, la mayor de todas las bellezas y en muchos de sus libros la ha alcanzado con magnífica plenitud. "No oigo la prosa — añade—, sólo en el verso me atrae el ritmo y la sonoridad". Pero ni aun en esto se juzga exactamente a sí mismo porque ha escrito páginas, como las dedicadas a los "viejos caballos de tío vivo", el "elogio sentimental del acordeón" y aquella otra, de puro truculenta inofensiva "balada de los buenos burgueses" que los lectores de entonces aprendíamos de memoria, por pura fruición musical, como las poesías de Machado, de Juan Ramón Jiménez o de los otros grandes poetas de su tiempo.

En varias de sus divagaciones estéticas está expresa esta preocupación deliberadamente literaria y a veces, con admirable exactitud, como cuando dice: "Yo creo que escribir es como andar, un movimiento que está condicionado por el ritmo interior. Claro que cuando ese ritmo tenga más cadencia, nos gustará más". Repárese la semejanza de esta definición con la que dió Gracián de la que él llamaba colusia, o sea el empeño "de ir acomodando las partes, propiedades y circunstancias del término con las del sujeto traslatos y cuanto más ajustada es la correspondencia campea más el discurso" Es decir, preocupación del ritmo, que es la quintaesencia de la forma; aun cuando no ritmo retórico y artificial, sino ajustado a su propio vivir, a su andar por la vida, andar, es cierto, despreocupado, si bien a veces, un poco preocupado de parecerlo.

Esta es la verdad; y si yo no temiera disgustar a D. Pío Baroja, me sería muy fácil copiar aquí una estupenda antología, ya hecha, de trozos de insuperable castellano extraída de sus libros; insuperable no sólo por su valor de expresividad, sino por su belleza formal y por su ritmo profundo: ritmo no de música ratonera, sino de buen caminar, con su traje de puritano, a través de los caminos del mundo y del mundo interior de las pasiones.

Salidas de Pío Baroja

En la novela *Mala hierba*, Editorial Caro Raggio, Madrid:

No estaba abierta la taberna de la Blasa. Tiritando de frío siguieron andando los tres por la Ronda de Toledo; pasaron frente a una fábrica, cuyas ventanas vertían una luz violeta de arco voltaico en la negrura de la noche.

En medio de aquel silencio, la fábrica parecía rugir y echaba borbotones de humo por la chimenea.

—No debía de haber fábricas —dijo Jesús con una indignación súbita.

—Y por qué—preguntó don Alonso.

—Porque no.

—¿Y de qué va a vivir la gente? ¿Qué se va a hacer de la industria si no hay fábricas?

—Que se haga la pascua como nosotros. La tierra debe dar para que vivamos todos — añadió Jesús.

—¿Y la civilización?— preguntó don Alonso.

—¡La civilización! Bastante nos sirve a nosotros la civilización. La civilización es muy buena para el rico; ¡lo que es para el pobre!...

—¿Y la luz eléctrica?, ¿y los vapores? y, ¿el telégrafo?

—Pero, ¿usted los utiliza?

—No; pero los he utilizado.

—Cuando tenía usted dinero. La civilización está hecha para el que tiene dinero, y el que no lo tiene que se muera. Antes el rico y el pobre se alumbraban con un candil parecido; hoy el pobre sigue con el candil y el rico alumbra su casa con luz eléctrica; antes, el pobre iba a pie, el rico iba a caballo; hoy el pobre sigue andando a pie y el rico va en automóvil; antes el rico tenía que vivir entre los pobres; hoy vive aparte, se ha hecho una muralla de algodón y no oye nada. Que los pobres chillan, él no oye; que se mueren de hambre, él no se entera...

—No tiene razón —dijo don Alonso.

—Casi nada...

Dieron el Garro y Manuel la vuelta a la esquina y entraron en un portal con dos leones de bronce y subieron una corta escalera.

—¿Qué es esto? — preguntó Manuel.

—Esta es la Casa de Canónigas.

Recorrieron un pasillo con las mamparas negras, y en un cuarto en donde escribían dos hombres, el Garro preguntó por el Gaditano.

—Ahí fuera debe de estar—le dijeron.

Siguieron adelante. Pululaban por los pasillos hombres que iban y venían de prisa; otros, quietos, esperaban. Eran éstos obreros desharrapados, mujeres vestidas de negro, viejas tristes con el estigma de la miseria, gente toda asustada, tímida y humilde.

Los que iban y venían llevando carpetas y papeles bajo el brazo, todos o casi todos tenían un continente altivo y orgulloso; era el juez que pasaba con su birrete y su levita negra, mirando con indiferencia a través de sus gafas; era el escribano, menos grave, más jovial, que llamaba a uno y le hablaba al oído, entraba en la escribanía, dictaba, firmaba y volvía a salir; era el abogado joven que preguntaba por la marcha de sus pleitos; era el procurador, los curiales, los escribientes, los pinches.

Y empujando al rebaño de humildes y de miserables hacia el matadero de la Justicia, aparecían el usurero, el polizonte, la corredora de alhajas, el prestamista, el casero...

Todos se entendían con los pinches y escribientes, los cuales les arreglaban sus asuntos; daban un carpetazo a los procesos molestos, arreglaban o empeoraban un litigio y mandaban a presidio o sacaban de él por poco dinero.

¡Qué admirable maquinaria! Desde el primero hasta el último de aquellos leguleyos, togados y sin togar, sabían explotar al humilde, al pobre de espíritu, proteger los sagrados intereses de la sociedad, haciendo que el fiel de la justicia se inclinara siempre por el lado de las monedas...

Jesús le escuchaba con atención.

—Eres un anarquista —le dijo.

—¿Yo?

—Sí. Yo también lo soy.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que he visto las infamias que se cometen en el mundo; desde que he visto cómo se entrega fríamente a la muerte un pedazo de humanidad; desde que he visto como mueren desamaparados los hombres en las calles y en los hospitales —contestó Jesús con cierta solemnidad.

Manuel enmudeció. Pasaron los dos amigos silenciosos por la Ronda de Segovia, y en los jardinillos de la Virgen del Puerto se sentaron.

El cielo estaba espléndido, cuajado de estrellas; la vía láctea cruzaba la cóncava inmensidad azul. La figura geométrica de la Osa Mayor brillaba muy alta. Arturus y Vega resplandecían dulcemente en aquel océano de astros.

A lo lejos el campo obscuro, surcado por líneas de luces, parecía el mar en un puerto, y las filas de luces semejaban las de los malecones de un muelle.

El aire húmedo y caliente venía impregnado de olores de plantas silvestres, agostadas por el calor.

—¡Cuánta estrella!— dijo Manuel—. ¿Qué serán?

—Son mundos, y mundos sin fin.

—No sé por qué hoy me consuela ver ese cielo tan hermoso. Oye, Jesús; ¿tú crees que habrá hombres en esos mundos?—preguntó Manuel.

—Quizá; ¿por qué no?

—¿Y habrá también cárceles, jueces, casas de juego, polizontes?... ¿Eh? ¿Crees tú?

Jesús no contestó a la pregunta. Luego habló con una voz serena de un sueño de humanidad idílica, un sueño dulce y piadoso, noble y pueril.

En su sueño, el hombre, conducido por una idea nueva, llegaba a un estado superior.

No más odios, no más rencores. Ni jueces, ni polizontes, ni soldados, ni autoridad, ni patria. En las grandes praderas de la tierra, los hombres libres trabajan al sol. La ley del amor ha sustituído a la ley del deber, y el horizonte de la humanidad se ensancha cada vez más extenso, cada vez más azul...

Y Jesús continuó hablando de un ideal vago de amor y de justicia, de energía y de piedad; y aquellas palabras suaves, caóticas, incoherentes, caían como bálsamo consolador sobre el corazón ulcerado de Manuel... Luego los dos callaron, entregados a sus pensamientos, contemplando la noche.

Una beatitud augusta resplandecía en el cielo, y la vaga sensación de la inmensidad del espacio, lo infinito de los mundos imponderables, llevaba a sus corazones una deliciosa calma...

Noticia de Libros y Autores

(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

Cortesía de G. Porras Troconis, en Cartagena de Indias, Colombia.

Congreso Hispano-Americano de Historia. Conmemorativo del Cuarto Centenario de la fundación de la ciudad de Cartagena de Indias. Reunido el 25 de Dicbre. de 1933. Cartagena de Indias, 1933-1934.

Del poeta mexicano Enrique Othon Díaz:

Madre tierra. Poema del ejido. Oaxaca, Oax, 1933. Portada en madera de A. Rincón Piña. Grabados en madera de Eliseo Ramírez B. Epílogo de Gustavo Ortiz Hernán.

La espera. Cuento. Ilustración y portada de Cayetano Caolca V. México. Enero de 1935.

Ante el futuro de México (Oaxaca y el Plan Sexenal). Portada y madera de A. Rinco Piña. México, D. F. Febrero de 1934.

Con el autor: Madero 70, Desp. 12 México, D. F. México.

De nuestro amigo y colaborador el Licdo don Rómulo Tovar, hemos recibido este folleto:

Juicio ordinario establecido por el Lic. don José Astúa Aguilar contra el Estado en cobro de Honorarios como árbitro arbitrador en el Juicio de la Simmons Construction Corporation y el Estado. Alegatos y recursos presentados ante los Tribunales por el Primer Promotor Fiscal Lic. Rómulo Tovar. Imp. Nacional. San José, Costa Rica. 1935.

Ediciones recientes de ESPASA-CALPE, S. A. Madrid:

Carranque de Ríos: *La vida difícil.* Novela.

Conde de Romanones: *Amadeo de Saboya, el Rey efímero.*

En la serie: VIDAS ESPAÑOLAS E HISPANO-AMERICANAS del siglo XIX.

Benjamín Jarnés: *Feria del libro.*

Examen de libros, muy útil e interesante.

J. Polo y Benito y L. Martínez Kleiser: *Almas y tierras de América.* Estampas de viajes (Con 55 ilustraciones).

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Proceso y juicio de la República Española

Por C. VILLALOBOS DOMINGUEZ

= *Envío del autor.*—Universidad de Buenos Aires. Abril de 1935 =

(*Viene de la entrega anterior*)

La obra de gobierno.—De los antecedentes citados por más significativos ha surgido la tarea desempeñada por los gobernantes republicanos españoles. Transformada la Asamblea Constituyente en Congreso ordinario compuesto por los mismos elementos, y nombrados gabinetes ejecutivos de la misma entonación mixta republicano-socialista, la obra gubernativa ha sido en su masa de conservación de lo existente intercalada con importantes accidentes reformistas.

Entre otros notables temperamentos políticos, la República ha dado ocasión de surgimiento a Manuel Azaña como especialmente representativo del ambiente directivo inicial. Aparece dotado de vigoroso carácter, gran fervor patriótico, inteligencia clarísima y verbo elocuente y ceñido, pero cuyo bagaje de ilustración política, (dejando aparte la histórica) no parece exceder a las enseñanzas alcanzadas por el pensamiento y práctica franceses, careciendo además de preparación económica aun cuando bien provisto de criterio administrativo (1).

Resolvió el gobierno republicano izquierdista muy felizmente, por iniciativa de Azaña, el problema de la separación de lo militar y lo político, lo mismo que la separación de lo eclesiástico y lo civil, adquiriendo gran prestigio popular con esas medidas.

Desgraciadamente su obra económica, (la más sustancialmente esperada por el pueblo) ha sido muy decepcionante. Influído el gobierno, a falta de otra, por la ideología marxista y movido por propósitos de proteccionismo obrerista, tomó medidas de intromisión estatal en las actividades industriales y comerciales privadas mediante la creación de conjuntos mixtos, con la inevitable consecuencia de perturbar el habitualmente claudicante desenvolvimiento de las industrias, tan agobiadas por trabas tradicionales subsistentes, de molestar además de perjudicar a los patronos aumentando de paso la tirantez de relaciones en la vida interna de las fábricas, de causar desaliento de iniciativas y evasión de capitales, y todo ello sin conseguir mejorar la condición de los obreros sino más bien empeorándola por efecto natural de los anteriores.

En la vida agrícola introdujo el nuevo régimen graves factores de perturbación que igualmente acarrearon daños en lugar de beneficios. La anhelada reforma agraria cuajó en una ley demasiado inconcreta cuyos efectos poco sobrepasaron al mero papeleto burocrático informativo y estadístico sin finalidad determinada. El único rasgo de decisión a este respecto, producido **ab irato** más bien como acción bélica que dirigida a una política constructiva, consistió en confiar las tierras patrimoniales de una parte de la nobleza sin llegar a una eficaz y congruenta aplicación al cultivo de las mismas por la notable cantidad de familias agricultoras que en ellas habrían podido encontrar beneficioso y estimulante empleo.

Obstruída la reforma agraria por la obsesión de "organizar" (sindicatos agrarios, créditos oficiales, cooperativas, directivas técnicas, etc.) se la enredó en bizantinismos que cerraron los caminos de cualquier acción eficiente y transformaron en escepticismo popular las grandes esperanzas para eliminar el crónico pero ya impaciente malestar de los jornaleros del campo (mientras la anodina Ley agraria se ponía en movimiento) se dictó una "Ley de términos municipales" que prohibió trabajar en fincas situadas en cada distrito a los obreros radicados fuera del mismo "mientras—con previsión incauta se advertía—hubiera obreros locales sin trabajo".

El propósito de dicha ley era hacer subir los jornales locales por restricción artificial de la oferta de brazos, como si eso fuera posible a menos de crear por otro lado mayor demanda y, por lo tanto, mejor remuneración. (Bien es verdad que de haberse propuesto y haber sabido suscitar tal demanda holgaría totalmente la famosa ley de términos municipales). Significa ella la más disparatada forma de proteccionismo, pues si en tantos países y con tan malos efectos se obstaculiza la entrada de mercancías extranjeras y hasta se llega a estorbar y vedar la entrada de trabajadores extranjeros, mucho mayor es el despropósito de prohibir en un municipio la afluencia de trabajadores **connacionales** por el **delito** de haber nacido y residir en distinto municipio.

Ese género de monopolio para el trabajo local engendró, como es lógico, muy desagradables consecuencias: Encono de los patronos agrícolas contra el Gobierno; enconos entre los jornaleros de distritos vecinos, entretejidos de parcialidades, represalias, fraudes y espionajes y, de añadidura, encarecimiento de la producción con desventaja de los consumidores y también de los jornaleros, debido a que se produjo restricción de los cultivos con la consiguiente merma de ocupación y de los salarios. Intentos luego de imponer compulsivamente el laboreo, y de aquí nuevos motivos de irritación, desorden y empobrecimiento.

Los resultados de tales ensayos de "economía dirigida" fueron prontamente percibidos y aquilatados por el pueblo que, en la primera oportunidad electoral retiró en notable proporción su confianza a los gobernantes izquierdistas. Y es natural que así haya sucedido por cuanto es cierto—como Aza-

---

(1) Es muy sintomático que en la colección de discursos pronunciados por Azaña en los preliminares de su gobierno y durante el mismo no aparecen tratadas cuestiones económicas o indicios de conceptos determinados sobre las mismas. Su elevada inteligencia, aun cuando nutrida especialmente de cultura literaria e histórica más bien que en ciencias del gobierno, le hacía naturalmente ver que uno de los más grandes problemas que la República tenía ante sí era "el problema social en su forma más urgente y aguda, que es la reforma de la propiedad", pero no expone concepto alguno sobre la índole que deba tener dicha reforma. Protesta de que no es socialista; reitera que "no es marxista ni está en camino de serlo", pero no dice qué otra cosa sea en cambio. Dice que la reforma agraria es cuestión tan esencial que de no tener éxito en ella "podríamos decir que nuestra revolución se habría frustrado", pero no aperece intervención suya en los debates que construyeron la ley respectiva. Expresamente declara que las cuestiones económicas y financieras le son ajenas.

Ha colaborado sin embargo con gran energía al establecimiento, más o menos perfecto, de las instituciones políticas democráticas que, en todo caso, son cuestión ***previa e indispensable*** a la democratización y desarrollo de la economía, por ser las libertades políticas condición indispensable y previa para la prosperidad de cualquier nación. Con su habitual penetración ha dicho George que la Economía es ***la ciencia de la libertad*** (no la ciencia afligente que se ha supuesto) y bien se advierte que en todas las naciones y en todos los tiempos han corrido parejos el grado de libertades civiles y políticas con el de prosperidad pública y privada.

Hay no obstante considerable diferencia entre una incompetencia consciente de sí misma, como la de Azaña, y una incompetencia alegre y confiada, como la de Roosevelt.

ña mismo dijera en uno de sus primeros discursos —que "en la Política hay leyes rigurosas, como las de la Física, ineludibles para todos", pues hay efectivamente relaciones indubitables de causas y efectos. Y también decía verdad su admonición en 1931. "Nosotros emprendemos ahora una navegación difícil; ya nuestra nave republicana ha salido al mar libre; ya tenemos República, ya tenemos libertad política. Quiero decir que ya somos los árbitros y los responsables de nuestra conducta... Esta es la inmensa responsabilidad que nos ha venido encima... El día de nuestro fracaso no tendremos a mano el fácil recurso de echar la culpa a nuestro vecino... Si no sabemos gobernar, la culpa será nuestra".

En cuanto a las fianzas el gobierno republicano se atuvo a continuar en las rutinas: chaparrón de impuestos, restricción aduanera, empréstitos y trampa adelante, endeudando más y más a la Nación con prospósitos más o menos plausibles, como el de crear escuelas u otros igualmente postergables, siquiera fuese por aquello de que **primum vivere**...

La reacción—El lema de la oposición en las últimas elecciones fué: "contra el marxismo", el cual no fué enarbolado por elementos que persiguieran reformas económicas de sentido discrepante, de sentido liberal (pues no los había), sino por elementos adversos a cualquier reforma económica consistente y conservadores de los privilegios arraigados, los cuales haciendo caudal de los efectivos errores económicos del Gobierno, aprovecharon de ellos para arrimar también el ascua a la sardina clerical, monárquica y nobiliaria, bien que en estos aspectos el Gobierno no había desacertado; pero explotando la facilidad de crear y atizar confusión involucrando dichas cuestiones, atrajeron hacia sí mucha parte de la opinión que, en realidad, solamente disentía con la política económica emprendida.

Dentro de todo ello es admirable la sensibilidad política, hoy tan despierta, del pueblo español, que no ha necesitado (como los de Alemania y Austria) el transcurso de tres quinquenios para sacar conclusiones de la experiencia enterándose de que los resultados de las reformas de inspiración marxista son contraproducentes. Quizá antes que otros alcance, más o menos a bulto, la conclusión de que los sistemas económicos que traban el libre ejercicio individual y libertad de contratación, estorbando la ley natural de la oferta y demanda, resultan siempre dañosos al cuerpo social.

Lo cierto es que la causa republicana ha sido en España, lo mismo que en los citados y otros países, perjudicada y desprestigiada por las medidas económicas que inconsultamente apadrinara. Y ello tuvo que suceder así porque el republicanismo no había sabido previamente adoptar y propagar una doctrina de avance económico en líneas propias y bien cimentadas; con lo que al presentársele de improviso la urgencia de actuar, tuvo que acudir de prestado a la doctrina económica que mas a mano encontró.

El natural contragolpe, acusado en la reacción electoral a favor de las derechas, se halló artificialmente acrecentado por los defectos de la ley electoral arriba mencionados, particularmente por la ausencia de aritmética equidad, que sólo puede ser obtenida mediante la proporcionalidad entre los votos y la representación. Parecería como si los autores de la ley, cediendo demasiado a consideraciones oportunistas, la hayan impregnado de favoritismo para las coaliciones partidarias bajo la presunción de que perduraría indefinidamente la coalición republicano-socialista entonces existente, y que nunca habría de formarse una coalición derechista. Pero sucedió por el contrario que no sólo se formó coalición de opositores derechistas sino que además se deshizo la izquierdista; y esto fué porque vistos los resultados indefendibles de los experimentos socializantes, los elementos republicanos llegaron a encontrar inconveniente proseguir solidarizados con "el marxismo".

El Partido Socialista quedó así aislado y pronto desalojado de todas las posiciones gubernativas. Decepcionado por el adverso resultado electoral, gran parte del mismo se lanzó a la irracional aventura de renegar del principio democrático, que exige el acatamiento del sufragio popular, y pretendió conquistar el poder por la violencia mediante una revuelta iniciada en Asturias y pronto sofocada. Esa aventura ha sido muy destructiva para el Partido Socialista, a cuyas excelentes intenciones, ya que no acertadas doctrinas, que guiaron a su fundador Pablo Iglesias y a sus discípulos, debe hacerse el merecido honor.

También por acto de improcedente aplicación de la violencia se cortó la propia existencia el gobierno autonómico con veleidades separatistas instaurado en Cataluña.

El porvenir inmediato.—Las últimas elecciones realizadas enseñaron a todos los gobernantes españoles que es preciso desistir de la obra colectivizante pero, por otra parte, dejaron constancia de que la opinión pública es menos reaccionaria de lo que la resultante composición de la Cámara podría hacerlo suponer a quien no tuviese en cuenta el convencionalismo aritmético de que dicha composición procede. En consecuencia originaron un gobierno rectificador de patentes extravíos, pero esencialmente mantenedor del **statu quo,** como presumiblemente tendrán que serlo todos los que por bastante tiempo le sucedan mientras no vaya surgiendo y condensándose alguna fuerza política que recoja los instintivos anhelos interpretando las verdaderas conveniencias de la masa popular. Una fuerza propulsora de reformas económicas que sean avanzadas pero no especialmente agresivas contra unas u otras clases sociales, cosa que es perfectamente posible realizar. Que aproximen a una mayor justicia social sin partir de la fantasía de que ella pueda alcanzarse por el camino de desconocer la naturaleza humana y los dictados de las ciencias política y económica, y sin interceptar la evolución social dentro del orden pacífico y el respeto constante a las legítimas garantías individuales de **todos** los ciudadanos. Reformas que sólo podrían ser, en cuanto puedo entenderlo, de carácter **liberal avanzado.** o sea **liberal georgista,** para precisar el concepto un poco más.

Mientras tanto, es seguro que la República en sí misma no corre peligro en España, por cuanto sus enemigos de la derecha y la izquierda se neutralizan mutuamente, además de que son evidente minoría; pero es de lamentar que hayan quedado bastante malogrados y muy disminuídos los ímpetus progresistas de los primeros días y no sea fácil recuperarlos.

Hay fundados motivos para entender que el pueblo español ha sabido librarse de caer en trágico escepticismo sobre el régimen democrático, como cayeron otros pueblos que, por no acertar a disociar la Democracia de las orientaciones colectivistas—con las que equivocadamente se la consideró consubstancial—y desalentados por el derrumbe social a que sucesivas medidas de ese género los conducían, sólo hallaron como salida echarse en brazos del gobierno personal arbitrario, lo cual es otra forma desastrosa de derrumbe.

Visita a Chopin

Por BENJAMIN JARNÉS

= De *Diario de Madrid* =

Fuimos al Callao, a hacer una visita a Federico Chopin. Con nosotros venía Emilio Castelar, mi compañero inseparable de estos meses, que un día —estábamos revisando sus cartas— nos dijo con su habitual vehemencia: "Yo amo con pasión las melodías de Chopin, de este Murillo de la música. Un joven rubio, de ojos azules, de largas melenas, expresando en su rostro la tristeza resignada de un mártir, tocaba el piano. Era un piano de Varsovia y tenía las voces apropiadas a las plañidera música que el joven tocaba, más con el pensamiento que con los dedos. En aquellas dulces melodías creí ver pasar el alma del malogrado Chopin, cuando en la Cartuja de Mallorca, ebrio de amor y consumido por la tisis, componía las dulces melodías que le inspiraban en las noches de luna los bosques de Valldemosa, donde se enlazan el olivo con el limonero y la encina con la palmera; donde la brisa del mar, perfumada por los tomillos de la montaña y los mirtos del valle, convida a vivir; donde sentía el poeta lírico las tristezas de la muerte en medio de las fiestas de la vida y desahogaba sus tristezas en los quejidos dulces de la música".

Castelar amaba a estos mártires rubios, de ojos celestes, que, esparcidos por el mundo entero, llevaban a todas partes los gérmenes de una religión hoy bastante desdeñada, de la "religión de la libertad", que dio sentido al siglo XIX, cuyos dogmas se filtraron en todas las manifestaciones del arte y de la vida, cuya expresión más exacta fue el Romanticismo. La libertad y el amor: he aquí los dos grandes temas de la gran sinfonía romántica, admirablemente entrelazados —y exaltados hasta lo frenético— en la obra del genial polaco. Temas asimismo fundamentales en la película "El último vals de Chopin", donde una bien urdida cadena anecdótica los recoge y subraya bajo el excelente dirección de Geza von Bolvary.

No nos sorprendió encontrar junto a Chopin otros "febriles" sacerdotes de la — entonces — nueva fe. Víctor Hugo, Balzac, Alfredo de Musset, Liszt, Jorge Sand.... Sólo que Jorge Sand nunca fue amiga de pertenecer al "coro" y en seguida reclama el puesto de primera actriz en la película y en la vida de Chopin. Destronando, naturalmente, a una rival, "arrancando del corazón ardiente de Federico —son frases de la época— la imagen adorada" de la ausente Gladkouska. Chopin, que, empujado por sus amigos revolucionarios, salió de Polonia para no ser fusilado como mártir de la libertad, caen en París en los brazos asesinos de la vehemente escritora, que acaban —también— por convertirlo en mártir del amor. Jorge Sand lanza un artículo proclamando genio a Chopin. Comienza el glorioso reinado del gran músico. También su etapa de más hondas inquietudes.... Los dos grandes temas —repito— lo zarandean, lo arrastran violentamente. Y nutren su obra de vehemencias delicadas, de encantadores arrebatos.

Valores que pasan, en gran parte, a la película. La música de Chopin lo envuelve todo en finas brumas, tal como las de Schubert lo envolvían todo en un film reciente, por todos conocido. La dirección contaba —enorme ayuda — con un "nimbo", con una "atmósfera" previa, ya aplaudida, ya previamente sancionada. La dirección tenía a mano, además, unas figuras cuya sola aparición había de suscitar la más franca simpatía.

Sólo faltaba hallar un perfecto engranaje de figuras y hechos, un desfile ordenado de fragmentos biográficos, auténticos o apócrifos y sumergir unas y otros en la "atmósfera" dada y consabida, que podía provocar —sencillamente— un piano. O unos ojos "de abismo", unas frenéticas melenas....

¡Gran celestina la música! Como su principal misión es sacar a las almas de quicio — misión que Chopin cumple con la máxima urgencia—, estos films saben —cuentan con ello—que habrá siempre a favor suyo una legión de almas maravillosamente desquiciadas ya a temperaturas muy subidas, que han de pasar por la película como se cruza por un "nimbus", por una densa nube acribillada de centellicas ardientes.

"Dulces quejidos de la música"—nos apunta Castelar— que seguida se prenden a nuestra vida emocional, envolviendo la infeliz razón en un húmedo velo. Nos trasladamos a otro mundo, donde un director astuto se complace en jugar, ya no con nuestros juicios, sino con nuestros "prejuicios", con todo lo que — entrañable, inconsciente — vive en nosotros con anterioridad a toda conciencia, a toda opinión. El director se hace cómplice — irresponsable en muchas escenas —de una partitura.

Schubert y Chopin, eternos peripatéticos en algún Olimpo inaccesible, se detendrán estos días frente a frente y, mirándose con la dulzura que les otorgan sus biógrafos, se dirán:

—Amigo mío, todavía nos quieren. El público nos desea más que nunca. Oye: ¿qué habrá ocurrido allá abajo para que nuestras partituras hayan sufrido el cruel martirio mecánico de los films?

—Sucedió esto: una nueva especie de sagaces eruditos encontró que nuestra obra estaba aún viva, que podía convertirse en arsenal de emociones aún vivas... Tal vez nosotros acertamos con la verdadera relojería de lo entrañable humano. Tal vez sea imposible cambiar esa relojería; y, claro es, siempre que las gentes tropiezan de nuevo con nuestros resortes se tropiezan consigo mismas. Y es eso lo que el público desea: tropezarse consigo mismo. Está encuadrado en una época no muy de su gusto, y quiere que lo saquen de quicio, que lo sumerjan en otro siglo más amable. Otras veces se intentó —se sigue intentando—, pero no con éxito halagüeño. No faltan "reconstrucciones de todo orden, desde aquellos "Ben Hur" y "Quo vadis...?" Pero ciertas épocas no podían conseguir plenamente "sacar de quicio" al público. Demasiada carrocería histórica. ¡Qué diferente nuestro aparato de relojería sentimental! Lo maneja cualquier adolescente. Nuestras partituras son pilas eternas de electricidad inagotable. Inagotable por ser, al mismo tiempo, divina y humana.

La gran época romántica es, en efecto, un almacén de excelentes resortes emotivos. Son utilizados con suma destreza en "El último vals de Chopin"; pero, ¿no deben temer que esta delicada emoción romántica se abarate? Temblamos ante la idea de un romanticismo biográfico-musical en serie, donde se manosean las demás figuras de aquel movimiento artístico y vital, tan oportunamente hoy repulido, resucitado.

Arabe sin hurí

Por XAVIER VILLAURRUTIA

= De *Fábula*. Gral. Amaya, D. F., México. Marzo. 1934 =



Ramón López Velarde

La admiración ciega es, casi siempre, una de las formas de la injusticia. Al menos así lo creo al pensar que Ramón López Velarde es más admirado que leído y más leído que estudiado. Una admiración sin reservas, una lectura superficial y un contagio inmediato con los temas menos profundos de su obra bastaron para llevarlo directamente a la gloria sin hacerlo pasar por el purgatorio y menos aun por el infierno en el que, según confesión propia, Ramón López Velarde creía.

Después de un número de la revista "México Moderno" (1921), consagrada por entero a honrar la memoria del poeta, en la que, entre muchos estudios más conmovidos que atentos y mas sentimentales que certeros, se distinguía por la agudeza crítica uno de Genaro Fernández Mac Gregor, apenas si recuerdo la conferencia en que José Gorostiza trazó el precioso retrato del "payo" que Ramón López Velarde no ocultó jamás, y un estudio de Eduardo Colín, entrecortado como todos los suyos. No obstante, la gloria del poeta ha ido creciendo como una bola de nieve al rodar del tiempo, tomando una forma que le es ajena, demasiado esférica y precisa, demasiado simple si pensamos que se trata de una poesía poliédrica, imprecisa y compleja. Los prosélitos de Ramón López Velarde han contribuido no poco a desvirtuar la personalidad del poeta y a simplificar de una sola vez, injustamente, los rasgos de una fisonomía llena de carácter, cambiante y móvil. He dicho sus prosélitos y no sus discípulos pues creo que Ramón López Velarde, poeta sin descendencia visible, no ha tenido aún el discípulo que merece. De su obra se ha imitado la suavidad provinciana de la piel que la reviste, el color local de sus temas familiares y aun el tono de voz opaco y lento en que gustaba confesar, junto a los veniales pecados, las angustias más íntimas y oscuras que sus admiradores y sus prosélitos se han apresurado a perdonarle sin examinarlas, sin considerar que la complejidad del espíritu del poeta se expresa precisamente en ellas.

Serpientes de la tipografía y del pensamiento, las interrogaciones circundan y muerden: ¿La complejidad de la poesía de López Velarde es real y profunda? ¿Fué voluntaria la oscuridad de su expresión? ¿Su inesperado modo de adjetivar fué el precio de su voluntad de exactitud o, solamente, de su deseo de singularizarse? ¿Las metáforas de su poesía eran rebuscadas o inevitables?...

Imposible atender todas las incitaciones que, casi al mismo tiempo, se formulan en mi interior. Pero, ¿cómo no alzar de una de ellas siquiera y aunque sólo sea para no caer en el vicio de la admiración sin conciencia, la punta del velo que la mantiene secreta?

La verdad es que la poesía de Ramón López Velarde atrae y rechaza, gusta y disgusta alternativamente y a veces simultáneamente. Pero una vez vencidos disgustos y repulsa, la seducción se opera y, admirados unas veces, confundidos otras, interesados siempre, no es posible dejar de entrar en ella como en un intrincado laberinto en el que acaso el mismo poeta no había encontrado aun el hilo conductor, pero en el que, de cualquier modo, la zozobra de su espíritu era ya el premio de la aventura.

A los ojos de todos, la poesía de Ramón López Velarde se instala en un clima provinciano, católico, ortodoxo. La Biblia y el Catecismo son indistintamente los libros de cabecera del poeta; el amor romántico, su amor: Fuensanta, su amada única. Pero estos son los rasgos generales, los límites visibles de su poesía, no los trazos más particulares ni las fronteras más secretas. Ya en su primer libro, "La sangre devota", Ramón López Velarde borra de una vez por todas la aparente sencillez de su espíritu y señala dos épocas de su vida interior:

> Entonces era yo seminarista
> sin Baudelaire, sin rima y sin olfato

y, no obstante, sus imitadores han querido seguir viendo en él al seminarista que no ha descubierto los secretos de la rima, los placeres de los sentidos y el nuevo estremecimiento de Baudelaire. Pero de allí en adelante y ya para siempre, se establecerá el conflicto que hace de su obra un drama complejo, situado en

> las atmósferas claroscuras
> en que el Cielo y la Tierra se dan cita.

Cielo y Tierra, virtud y pecado, ángel y demonio luchan. Y nada importa que al final venzan el cielo, la virtud y el ángel si lo que mantiene el drama es la duración del conflicto, el abrazo de los contrarios en el espíritu de Ramón López Velarde, que vivió escoltado por un ángel guardián pero también por un "demonio estrafalario".

Extasis y placeres lo atraen con idéntica fuerza. Su espíritu y su cuerpo quedarán bajo el signo de dos opuestos grupos de estrellas:

> Me revelas la síntesis de mi propio zodíaco:
> el León y la Virgen.

¿Qué recuerdos de lecturas infantiles acerca de los paraísos que la fantasía de los musulmanes creó para los bienaventurados, y qué visión de coloridas estampas de los mismos dejó en López Velarde el trauma que perdura como una obsesión a través de toda su obra?

Si en su constante sed de veneros femeninos no encuentra maneras de conciliar su religiosidad cristiana y su erotismo; si, en un principio, en "La Sangre Devota" se pregunta:

> ¿Será este afán perenne franciscano o
> polígamo?

halla luego en los paraísos mahometanos una manera de prolongar su religiosidad pero también su erotismo. Entonces, en una primera afirmación se atreve y dice:

> funjo interinamente de árabe sin hurí.

y buscando oscuros antecedentes genealógicos en las ramas del árbol de su ser, no sabe si su devoción está presa en la locura del primer teólogo que soñó con la primera infanta

> o si atávicamente soy árabe sin cuitas
> que siempre está de vuelta de la cruel continencia
> del desierto, y que en medio de un júbilo de huríes
> las halla a todas bellas y a todas favoritas.

En vez de mutilar uno de los dos aspectos contradictorios de su ser, aprende a hacerlos convivir dentro de sí fomentando un incesante diálogo, un conflicto que se nutre de sí mismo. De este modo concilia monoteísmo y poligamia, Cristo y Mahoma:

> Yo varón integral,
> nutrido en el panal
> de Mahoma
> y en el que cuida Roma
> en la Mesa Central.

Placer y dolor, opulencia y miseria de la carne, delicia de un paraíso presente y tristeza de un obligado y terrenal destierro a cambio de la promesa de un paraíso sin placeres son los pesos que oscilan en su balanza. Ramón López Velarde acaba por decir:

> Soy un harem y un hospital
> colgados juntos de un ensueño.

Fuensanta y las once mil vírgenes provincianas alternan con las huríes orientales y las odaliscas de Baudelaire y

(Pasa a la página 330)

México siempre

Por SALVADOR NOVO

= De *Fábula*.—Gral. Amaya. D. F., México. Marzo, 1934 =

El portero me anuncia que está el señor Henríquez Ureña; que tenga la bondad de subir. Hace exactamente diez años que no nos vemos, desde que él se marchó de México, recién casado, a Buenos Aires. El no ha estado todo ese tiempo acá; nacieron sus dos hijas, ha hecho desde entonces uno o dos viajes a Europa, fué llamado por el Gobierno de su país para hacerse cargo de la Educación y recientemente, porque lo que podía hacerse con el presupuesto de Santo Domingo podía hacerlo cualquiera y no resultaba necesario que él permaneciera en el pequeño ambiente, volvió a sus clases en Buenos Aires, vía Europa.

Está igual; los años no pasan por él y, al contrario, lo encuentro más joven, más apuesto, sin aquel duro gesto fatigado suyo que el turbulento medio universitario mexicano, como el suyo a Fray Luis, le infligía. Yo tenía 18 años en 1922 y estudiaba Leyes. Confieso que no supe sino más tarde que aquel señor que iba a dar clases a los yanquis en un salón de la escuela, porque la de Verano, que se iniciaba apenas, carecía aún de edificio propio, fuera Pedro Henríquez Ureña, ni que Pedro Henríquez Ureña hubiera tenido en la educación de Vasconcelos, ministro entonces de Educación, de Caso, Rector de la Universidad, de Alfonso Reyes, Embajador, el importante papel que tuvo en el Ateneo de México, doce años atrás. Mi acercamiento a él fué totalmente puro. Cuanto odiaba las clases de Derecho Público, me seducía escuchar las suyas de literatura y entraba, sin derecho, a su salón. Alguna vez preguntó lo qué era una glosa; y al ver que ningún yanqui le contestaba,—y mi experiencia ulterior me ha convencido de que no se les puede preguntar nada a los estudiantes yanquis, porque se quedan siempre callados— se dirigió a mí, contesté su pregunta y a la salida lo aguardé y conversamos. La circunstancia de que viviera en la misma calle que yo hizo que tomásemos el mismo camión. En él conversamos; impensadamente nos hallamos haciéndolo en inglés, en francés. Me quedé a comer en su casa. Su espíritu central iba apoderándose de mi atención, de mi interés, sin mostrarlo. Después de comer examinamos juntos algunos libros recién llegados y advirtió que yo sabía un poco de alemán. Volvimos a su oficina y unos días después yo disfrutaba de un empleo, el primero, en la Escuela de Verano, febrilmente, dando clases de esto y de lo otro y ganando mucho dinero.

Con Pedro vivía una tía suya, la Niña Ramoncita, y los de la Selva, Salomón, Rogerio y Roberto. Fuera de ellos, sus amigos habituales eran Daniel Cosío y Eduardo Villaseñor, con quienes pronto intimé y que acogieron al recién llegado al cenáculo sin reservas. Por las tardes, terminado el trabajo, conversábamos largamente. Pero a mí me gustaba sobre todo que habláramos Pedro y yo, y solíamos irnos hasta su casa a



Pedro Henríquez Ureña
(Hacia 1922)

pie, sin que yo experimentara fatiga, oyéndole abrirme posibilidades (¿por qué no se hace usted filólogo?), relatándome trozos selectos de su profesorado en Minnessota, haciéndome preguntas intempestivas, aconsejándome lecturas o decisiones, leyendo mis últimos versos con una sonrisa que yo no sabía si era de burla o de aprobación. Inventó entonces una sección nueva en "México Moderno", Repertorio, a cargo de Salvador Novo, para la cual me daba todo el material, y bajo su dirección emprendí la Antología de Cuentos Mexicanos e Hispanoamericanos que publiqué en 1923 y una edición, que no vió la luz nunca, del Libro Koheleth, vulgarmente conocido por el Eclesiastés.

Partió entonces, con Vasconcelos, a la América del Sur, a llevar una estatua de Cuauhtemoc. Tardó unos meses en volver. Mi adolescencia disipada le contrarió al regreso y prácticamente reñimos a tiempo que se disolvía aquel núcleo incongruente de encontradas envidias que Vasconcelos patrocinó durante su Ministerio. Cuando el tiempo pasó le envié mis libros nuevos. Siempre me había aconsejado que aprendiera a escribir como Carlos González Peña y aún para ello me hizo colaborar con editoriales en "El Mundo", de Martín Luis Guzmán. Yo quería saber si Return Ticket ya alcanzaba ese standard y se lo pregunté en una carta.

Se sienta, cruza una pierna y con los brazos apoyados en el sillón, une por la punta los dedos de sus manos y los separa mientras, como al descuido, me observa penetrantemente. Fumo mucho estos deliciosos Gianaclis que he comprado en Florida. ¿Y cómo me encuentra a mí?

—Usted ha dicho tanto en lo que escribe que está viejo, gordo y calvo, que la verdad uno espera que lo esté, pero no... ¿Quién me dijo? Ah, sí, Anita Brenner me dijo una vez, con esas figuras literarias que de repente le salen, que había visto en México pasar a una persona que tenía la cara de Salvador Novo, pero luego, a partir de ella, más cara...

—Sí, llegué a estar más gordo; perdí ya quince kilos.

De pronto, ya no sabemos de qué hablar. Sería impertinente que yo le preguntara su parecer sobre los libros de que no me acusó recibo. Hablamos de Montevideo.

—Alguien ha dicho que el Uruguay es una provincia de la Argentina enclavada en territorio Brasilero.

Ese alguien, ¿será Vasconcelos? En ese caso, me explico que no lo quieran en Montevideo, en donde tienen tan buena memoria los periodistas que ahora que anduvo Ramón Gómez de la Serna en Buenos Aires, y que naturalmente iba a ir a Montevideo, los diarios se apresuraron a recordar a sus lectores que ese señor, en tal remoto año, y probablemente en alguna inofensiva greguería, había dicho tal cosa de su ciudad, y Gómez de la Serna se asustó y no cruzó el Río de la Plata.

Pedro es ahora más decididamente aficionado a las definiciones que antes. Caminamos por la calle Florida hasta la librería de García y me dice:

—Si en vez de tener los letreros en francés los tuviera en inglés, parecería una calle de París...

¿Será suya esta definición? El la atribuye, como todas las que me dice, a un "alguien" indeterminado, elegancia de su erudición que ya no quiere recordar los nombres de quienes cita. O acaso, como mi "Repertorio", como la "Antología del Centenario", suya, cedida.

—Por Florida, me explica, se hace el paseo tradicional. A cierta hora, a las cuatro se suspende el tránsito de coches y las gentes invaden la calle. Los sábados pueden verse las más lindas muchachas. Como en la Avenida Madero.

Yo le digo que ya en la Avenida Madero no se hace paseo. Los coches transitan en un sólo sentido y la calle se ha vuelto exclusivamente comercial. Lo lamenta y reprueba. Yo no le conocía a Pedro este aspecto de cronista documentado de las ciudades que conoce, por más que me habían referido que, en Florencia, se encerró en una Biblioteca a fin de cotejar los versos del Dante que hay en las calles. Harrod's, **Harrod's**. Ya no voy a tomar té —A lo de Harrod's como antes... He aquí Harrod's, que depende de Gath y Chávez, tiendas enormes, aparentemente norteamericanas, pero en las cuales no tienen prisa alguna los empleados, dispuestos, como los de Montevideo, a entablar una larga plática in-

El lanchero

(Cuento)

Por CARLOS M. SALAZAR HERRERA

= Envío del autor. Texto e ilustración. San José, C. R., mayo del 35. =

Como caña lanzada por arco, escurrida entre las sombras, perforando la distancia, llegó el grito.

Llegó el grito pidiendo lancha en la ribera norte de la desembocadura.

Seguía el ruido del agua, y la noche negra metida en todo.

Una estrella cayó en el mar.

Era la única estrella.

Poco después brilló en la ribera sur la llama de una lámpara de carburo, como respuesta prolongada y luminosa.

—Ai viene'l lanchero.

A buena distancia se movía la luz, derivando hacia el Pacífico, perdiéndose a ratos, apareciendo luego.

Bajo los palos del atracadero chapotea el agua acumulando basura, y sobre el olor a podrido vuelan miriadas de zancudos.

Suena el canto de los sapos y los grillos, el desagüe tranquilo y el viento en las ramas, todos, en un son inacabable, bajo, siempre igual.

Pasó mucho rato oscuro, y tornó a brillar la luz más cercana, tiñendo reflejos en las ondulaciones. Oíase ya, el compás de los remos partiendo el agua, cada vez más duro, más duro cada vez, hasta que la proa gluglutéando tocó en los palos del atracadero.

—Buenas noches, amigo.

—Muy buenas las tenga usté, amigo.

El lanchero alumbró la cara del que había llamado. Le era una cara desconocida.

—Qué noche tan fea.

El que había llamado se metió en la lancha, y la lancha empezó a derivar, costeando, bajo las ramas de la orilla, abriéndose paso entre los lagartos.

El lanchero apagó la luz y explicó:

—Bajando m'encandilo, y siuno se descuida, el riyo lo bot'ala mar o se jod'en los playones.

Los bancos de arena en la boca, detienen las ramas, grandes contorsiones que dejó la creciente.

Sonaba la cortadura del remo haciendo de timón.

—¿Y paonde va usté, amigo?

—Pa Las Agujas.

El lanchero encendió la lámpara y viró hacia la mitad del río.

Pasaban los troncos como esqueletos inmensos, hechos visibles por el resplandor de la carbura.

El lanchero apagó la luz y derivó de nuevo.

—Hay que conocer este manejo.

—Me parece, amigo.

Los dos hombres hablaban de rato en rato, sin mirarse las caras, porque la noche se había chupado con la oscuridad, todo lo que en la noche había.

—Y perdone usté la pregunta,—dijo el lanchero por preguntar algo, —¿Cómo es su nombre?

—Juan de Dios Pereira.

Un olor a podrido llegaba a tiempos con la dirección del viento.

—¿Juan de Dios Pereira? Pos vea usté lo que son las cosas, yo soy Antonio Guadamuz, el indio de Boca de la Barranca.

Pereira no contestó. El lanchero había levantado un remo y se lo había partido en la cabeza.

El indio de la Boca de la Barranca encendió la lámpara, acercándola a la cara de Pereira. Allí lo contempló largo y recordando.

—Qué viejo estás, Pereira, —dijo— no te había conocido. ¿Creyiste que no nos volvíamos a hallar? Por ya ves vos lo que son las cosas, ni te di tiempo pa que t'acordaras... ¡Qué viejo estás, Pereira!...

Y con el remo lo empujó echándolo en la mitad del río.

Oyóse caer pesado el cuerpo, y seguido el chapoteo de los lagartos. Sonaron ruidos guturales y reventaron grandes burbujas sanguinolentas entre la ebullición del agua como ebullición de cráter.

La lancha se alejó taladrando la noche definitivamente negra.

Caía sereno.

El lanchero llegó a la ribera sur, navegando al canalete. Anudó las amarras en los palos, y después de echar una mirada profunda a la tranquilidad del río, caminó.

Iba gibado, con la noche embrocada en las espaldas, hurgando cosas viejas en su memoria alborotada.

Se desnudaban las olas en la playa, y en la playa tendían su ropa blanca.

—Al fin t'encontré, Pereira, —dijo—.

El terral se llevó la voz mar adentro.

La perla

= Envío del autor.—San José, C. R. 1935 =

Vulcano, pensativo, volvió la espalda a los dioses que se hallaban arrellenados en sus tronos disertando sobre la esencia del oro.

A poco el hijo de Juno descendió precipitadamente del Olimpo donde Zeus le había ordenado que fabricara algo más bello que el rubio metal, que da vida a la Vida.

Vulcano iba a campo traviesa; el pecho lleno de los halcones del ímpetu. Para abrirse paso, con bárbaro empeño aplastó bajo sus plantas troncos corpulentos y con sus manos hizo rodar peñones. Varias veces derribó de una puñada arboledas en flor.

¿Adónde marchaba el dios?

Al Etna, a enrojecer en ingentes fraguas y a modelar en yunques, a golpes de mazo, entre lluvia de chispas, en compañía de Polifemo, Esteropo y Paracmor, barras de hierro capaces de desbaratar planetas.

Laboró gran rato, con tesón; sin tregua porque él no conocía la fatiga.

Chisporroteaba el braserío. Las salamandras, con mayor actividad, ensayaban saltos sobre peldaños de llama. Cuando hubo acabado su obra, al palparse la ennegrecida frente sintió en ella una gota de sudor que el Herrero esperaba con ansia. ¡Alborozo! Los cíclopes batieron palmas. A la vuelta de tres minutos la puso dentro de una concha, en el regazo del Océano; y luego la recogió; — sin cábala, sin nigromancia, — ya coagulada...

—¡Bien haya el premio! ¡He triunfado!

Dijo para sí el dios: desaliñado el cabello: el brazo derecho en alto.

Del oriente al ocaso, del aquilón al sur, todo era fiesta.

Y tornando en un pronto a la asamblea de los inmortales, les mostró un objeto más adorable que el oro: la perla: fruto precioso del Trabajo que hace libres a los hombres y les viste de alteza y de hermosura.

Carlos Jinesta

dolente con los compradores. Todo lo contrario, detestan a los yanquis y carecen de sus productos. Todo cuanto tienen es inglés. Parece que durante la Guerra el mercado inglés se suspendió porque Inglaterra estaba demasiado ocupada con Europa. Fué la oportunidad de los norteamericanos; pero los productores de primera clase también estaban ocupados y entonces los judíos de segunda clase enviaron sus muestras a la Argentina; se contrataron los negocios y al primer envío las mercaderías resultaron inferiores a las muestras. Por su parte, los argentinos no tienen prisa por nada y no la tuvieron en cubrir sus cuentas con los comerciantes yanquis con la precisión a que estos están habituados; no que no paguen, sino que lo hacen a la hora que les da la gana; y por estas dos razones riñeron, se acabó la guerra y los ingleses, que saben muy bien lo sólido del lento crédito argentino y que tienen en este país una colonia espiritual firme en virtud de que los "criollos" se sienten ingleses porque invariablemente, dentro de su largo programa alimenticio, incluyen el "té con leche y masitas" a las cinco de la tarde, recuperaron fácilmente su viejo y productivo mercado, hazaña a la que no fué ajena la teatral jira del Príncipe de Gales.

Incurramos en el té de las cinco, desde el Comega Club cuyas ventanas muéstranos Buenos Aires como un album iluminado. Frente a los sandwiches transparentes, pero descomunales, a los pasteles franceses, "masitas", no puedo reprimir mi angustia. They are so fattwning!

—Yes, but you can't resist them, can you?

Ahora iremos en Taxi hasta Palermo. Pedro me muestra la excelente escultura que hay desparramada en las calles de Buenos Aires, Rodins, Bourdelles, el Centauro Herido y un terrible merengue que la Colonia Española obsequió y que fué construído, naturalmente, por Querol.

Pasa un camión. Lo maneja un hombre de brazos desnudos, rostro duro, boina vasca.

—¿Se fijó usted?, me dice Pedro. ¡Qué curioso! Ese chofer parece un Zubiaurre.

La hija mayor de Pedro dibuja. En el Louvre tuvo una discusión con su hermano menor.

—¿Ves, papá? —le dijo. A mi hermana le gusta ver en la pintura lo que se ve con los ojos.

—¿Y a quiénes ha visto acá? —me dice Pedro.

A nadie he visto. En realidad no conozco a los escritores argentinos, si a eso se refiere. Uno que otro, de vez en cuando, me envía sus libros, pero yo no puedo siempre corresponderle porque hago tan pocos ejemplares de los pocos míos, y además no pensaba nunca visitar a Buenos Aires. Victoria Ocampo, Enrique Larreta, Leopoldo Lugones, todos estos monumentos vivos del mecenismo, cuyas casas hay que visitar, yo no veo realmente por qué hacerlo o por qué tratar de hacerlo. Alfonso Reyes me llevó a Montevideo una plaquette de Ricardo E. Molinari y me lo describió mexicanista, moreno, muy simpático, y me predijo que seríamos buenos amigos; he de buscarlo mañana para rogarle que me lleve a la Imprenta de Colombo para editar el poema que hice en el mar. Me dijo Alfonso que es retraído, solitario...

—Sí... dice Pedro.

Pero aquí hay salones, salones en que se puede conversar de literatura. En estas casas de la Avenida Alvear, que son tan grandes que uno se imagina que pueden efectuar dentro de ellas carreras de caballos y en que viven una o dos personas. En una de ellas vive Rosa Olivier, una joven paralítica que ama el arte y que se hace llevar a su salón a las notoriedades mundiales que llegan por acá — Paul Morand, el Conde de Keyserling o el Príncipe de Gales. En aquella vivía el señor Alzaga, de las familias más ricas de la Argentina, y fué asesinado muy recientemente. Por lo visto, toda esa familia despierta impulsos de asesinato. Le refiero a Pedro el joven Alzaga que en el "Northern Prince" tomaba champaña y mostraba la barriga al sol, y que es sobrino del difunto. Hay aquí corte y hay rey. El rey es el Presidente de la República y las fiestas se dan en cualquiera de todos estos palacios a cuyas puertas hay lacayos con fracs verdes y guantes blancos, chóferes sobre Rolls Royces, también uniformados — es casi imposible ver un fordcito en Buenos Aires. Cuando Gómez de la Serna estuvo acá hizo, entre sus greguerías, la siguiente de Buenos Aires:

"Las libreas de los lacayos de Buenos Aires tienen cuatro botones más que las de cualquier lacayo del mundo".

Pero los argentinos no se enojaron.

Iremos mañana por la noche a la casa de los Rinaldini, que es uno de los salones en que se puede conversar de literatura.

Arabe sin...

(Viene de la página 328)

de Ingres. Y en esta sed erótica que lo lleva a una muerte cotidiana, el poeta pide el viático, pero el viático no es más que el sanguinario fruto de una boca

que desde sarracenos oasis me provoca.

Y, más tarde, el grito dramático, angustiado, del hombre que teme y presiente la fuga de esas mujeres, samaritanas y odaliscas, que un día irán en pos del torrente endrino de Absalón y pasarán de largo al ver las canas que, por cierto, la muerte no dejó que asomaran en la joven cabeza de Ramón López Velarde:

Cuando la última odalisca
ya descastado mi vergel
se funge en pos de nueva miel,
¿qué salmodia del pecho mío
será digna de suspirar
a través del harem vacío?

El que fungió interinamente de árabe solitario, se siente ahora definitivamente abandonado. Y al solo pensamiento de que el placer de los sentidos puede no existir para él, en el último espasmo del miedo se confesará muerto en vida, árabe sin hurí:

Lumbre divina en cuyas lenguas
cada mañana me despierto:
un día al entreabrir los ojos
antes que muera estaré muerto.

Poesía contemporánea

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

= De *La Nación*.—Buenos Aires.—*Envío del autor* =

La antología de Federico de Onís nace destinada a situación de predominio: por su calidad en selección y en crítica; porque la publica el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, cuyas ediciones llevan seguros el prestigio y la difusión permanente; porque abarca vastísima zona de literatura: cincuenta años (1882-1932) de poesía en España y en nuestra América (1).

¡Y qué poesía! La más rica de nuestro idioma, fuera de la edad de oro que va de Garcilaso a Calderón. No por ilusión de cercanía la vemos grande: la época que precedió no padecía ilusiones; en 1880 ningún hombre de discernimiento creía que en la lengua española abundaran los grandes cantores: España sólo tenía entonces "dos poetas y medio". Si padecemos ilusión, será en todo caso la que producen las renovaciones. En cincuenta años dos revoluciones largas y violentas agitan y trastornan la poesía; dos veces se cambian las actitudes espirituales, los temas, el vocabulario, las maneras de verso. Tanto aspiraron a ser totales las dos revoluciones, que ni siquiera se les dieron nombres eficaces: a la una se le llama modernismo, a la otra se le llama vanguardia. Aspiraron sólo a representar plenamente el momento en que vivían. Instintivamente los grupos nuevos rechazan los nombres que los atarían a credos fijos: decadentismo, simbolismo, futurismo, ultraísmo, creacionismo superrealismo. Quieren sentirse libres para todo, para aprovechar todos los ejemplos, para tentar todos los caminos. Bien observa Onís que estos movimientos hispánicos, lejos de ser trasunto fiel de movimientos franceses, como suponen los superficiales, combinan en todo momento orientaciones diversas, tendencias que en Francia eran contradictorias, como el Parnaso y el simbolismo, y ponen en todo el acento original de España y de América.

Ninguna revolución deja de recibir la herencia del régimen que cae. El movimiento romántico, al oponerse al clasicismo académico del siglo XVIII, no acertó a vencer el excesivo apego a la realidad, que lo constreñía: en España y América, singularmente, la realidad pasaba en bruto a la poesía romántica. ¡Pero el romántico aspiraba a librarse del exceso de realidad! El arte —espejo y escudo— debía libertarlo, alejándolo de la maldad cotidiana de la vida. O debía transformarla, regenerarla, penetrándola como esencia infusa. El modernista, para quien ya es fácil trabajar con materiales depurados y transparentes, heredó del romántico el ansia de liberación ("La torre de marfil tentó mi anhelo"). Al poeta de vanguardia, que repudia el repertorio de temas, de imágenes y de palabras de sus predecesores, ya no le basta la depuración: quiere crear de nuevo el mundo en la poesía (fórmula feliz la de Huidobro: creacionismo); pero ha heredado del modernista la excesiva fe en el arte.

La riqueza de estos cincuenta años no está sólo en sus flujos y reflujos; está en el caudal de creación y de invención, en el don individual de los poetas mayores, que desbordan —como es natural— los cauces de escuelas, tendencias y movimientos.

Onís quiere que se destaquen en su antología las figuras centrales, pero va situándolas dentro de los acontecimientos literarios: la iniciación del movimiento modernista, muy romántico todavía, desde 1882, el año del "Ismaelillo" de Martí, hasta 1896, el año de las "Prosas profanas" de Darío; el triunfo del modernismo, desde 1896 hasta 1905, el año en que Darío revela hondas transformaciones en sus "Cantos de vida y esperanza", y Lugones deslumbra a los jóvenes con sus audacias de ingenio y fantasía en "Los crepúsculos del jardín"; el postmodernismo —que yo prefiero llamar la disolución del modernismo, de cuya cárcel quieren ya escapar los poetas, o con saltos hacia atrás, o con piruetas humorísticas, o con simplificaciones desesperadas—, desde 1905 hasta 1914, año que no nos da ningún libro ruidoso, pero que es el año de la Guerra; el ultramodernismo: Onís lo divide —bien— en dos grupos, uno de transición y uno de plenitud. ¿Por qué al de plenitud no le llama vanguardia, según es de uso, sino ultraísmo, nombre de significación limitada, histórica ya, que no resiste la aplicación a poetas como García Lorca o Pedro Salinas?

Fuera de estas líneas cronológicas, sitúa Onís, como los dos focos de nuestra órbita, a Rubén Darío y a Juan Ramón Jiménez. Rubén comienza —niño — como romántico, colabora en la iniciación del modernismo, lo lleva al triunfo, y después se va desnudando, arrojando toda la gala de sedas y cisnes, para quedarse, más allá de toda literatura, solo, desgarrado, con su íntima zozobra. Juan Ramón, el poeta de la perfección inagotable, comienza —adolescente— en el modernismo, busca notas de luminosa limpidez, se enriquece después con todos los esplendores que sus agudos sentidos saben escoger en el mundo exterior, y por fin se eleva a cimas desnudas, donde ninguna nube intercepta aquella música que es de todas la primera. Con él, piensa Onís, queda vencido y concluso el movimiento modernista.

Al situar históricamente a Darío y a Jiménez como paradigmas del triunfo y de la transformación del modernismo, Onís no pretende levantarlos, declarándolos superiores, sobre todos sus contemporáneos. Al contrario: poetas como Antonio Machado, como Lugones, reciben elogios fervientes. Pero el cuerpo principal de la antología queda entre "Prosas profanas", de 1896, y las "Eternidades", de Juan Ramón, en 1918, el espacio máximo lo llenan los poetas que se inician —en volumen— entre esas dos fechas; a los anteriores y a los posteriores se les asigna espacio limitado. Sobre la vanguardia, Onís explica su por qué: sólo ha querido incluir unas cuantas figuras representativas, jóvenes, pero ya con obra rotunda, como Guillén y Alberti, Neruda y Borges. La poesía de vanguardia está todavía en su verano; tiempo habrá después para hacer elección entre su muchedumbre siempre renovada. Pero la época de formación del movimiento modernista, que empieza a parecernos pasado distante, exige ya atención rigurosa de historiador: las inclusiones y las omisiones de esta antología pueden adquirir carácter de sanción definitiva para muchos lectores que no disponen de fuentes directas de información. Por eso, en edición nueva no deberán faltar poetas significativos como Gastón Deligne y Juana Borrero.

(1) *Antología de la poesía española e hispano-americana* (1882 a 1932). Madrid, 1934.

Breviario lunar

= *Envío del autor*.—Ilustración de *F. Amighetti* =



Arroja la luna al río,
Y recógela luego en el mar.

De qué te vale de cien voces
De amor el cantar,
Si una sola entre ellas
No puedes distanciar.

Frente al mar salino
Yo canto mi cantar.
Mas sólo se lo digo
A quien comigo va.

Arroja la luna al río
Y recojámola luego en el mar.

Sortilegio de la vida,
Qué fácil es te adivinar:
Al frente un horizonte marino,
Y a retaguardia un pinar.

Navego en barco velero,
Sin remos para remar,
Con viento fuerte de la costa
Y derrotero estelar.

Arrojaste la luna al río,
Yo la busco ahora en el mar.

Enrique Macaya Lahmann

San José, Costa Rica, mayo de 1935.

Para escoger sin estrechez excesiva dentro de la abundancia de cincuenta años, Onís ha dado gran extensión a su antología (¡más de mil doscientas páginas!) Los poetas mayores llevan, en general, representación adecuada: más de veinte páginas, por ejemplo, Lugones y Unamuno; más de treinta Antonio Machado, cincuenta Jiménez, cerca de sesenta Darío... Pero no cupieron todos los poetas buenos, los simplemente buenos, ni siquiera en la época central. Hay ausencias sorprendentes, como la de Aquileo Echeverría, el poeta criollo de Costa Rica, y la de Salomón de la Selva, el autor de "El Soldado Desconocido". Hay gratas presencias inesperadas que denuncian la fina percepción de Onís: poetas poco conocidos, no grandes poetas, pero si de nota personal, como el español Francisco Vighi y la cubana María Villar Buceta. Y la ironía que persigue al trabajo minucioso y arduo ha permitido que se deslice uno que otro poeta malo, a quien ni siquiera la función histórica defiende de la tacha de intruso.

La introducción del volumen y las notas sobre cada poeta constituyen una breve historia de la poesía contemporánea en el mundo hispánico. Las indicaciones bibliográficas son copiosas y exactas. En los juicios, Onís se muestra el gran crítico que realmente es: seguro y fácil al recorrer las épocas, al describir tendencias y movimientos, al señalar innovaciones y reminiscencias; hondo y agudo al definir la personalidad de los poetas, con fina sensibilidad para rastrear la huella de la vida en la obra. Son retratos las notas sobre Martí, Darío, Silva, Unamuno, los dos Machado, Valle-Inclán, Nervo, Juan Ramón, María Eugenia Vaz Ferreira, Gabriela Mistral. En suma: historia literaria de calidad excepcional.

Estampas

Veamos lo que dice el imperialista yanqui Upton Close

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.*—Costa Rica y junio del 35. =

Otro vigía imperialista es Upton Close. Conoce Asia y a los asiáticos y sirve así al Departamento de Estado yanqui. Ha lanzado el grito de alarma contra el desarrollo y expansión del comercio japonés. Amenaza el comercio japonés. ¿A quién amenaza? A Upton Close sólo le interesa decir que es a los Estados Unidos. En su artículo ("Japan's Trade Threat") pinta al nipón lleno de un poder arrollador. Hay un hombre de 89 años, antiguo jardinero en California, que es el que con "ojo de águila" planea y dirige desde el Ministerio de Finanzas la expansión comercial japonesa. Es un genio este Jiro Takahashi y el vigía yanqui lo presenta dando en su última conversación a la nación el consejo a los inventores japoneses de concentrarse en hacer cada día más barato el proceso de producción en masa. No necesitan ideas nuevas sino abaratamiento de la producción. Esto pide el ejecutor del imperialismo japonés a quienes lo sirven.

Pero el yanqui se resiente de que haya en esta hora de dominación imperialista un pueblo asiático que trate de superarlo en el comercio y en la industria. El Japón se mueve hacia el imperio económico mundial. Y los Estados Unidos inconscientemente han contribuído al nacimiento de ese poder. Los comerciantes yanquis llenaron sus tiendas de chucherías de la industria japonesa. Y el consumidor que adquiría a precio ínfimo la bombilla eléctrica, los platillos de porcelana, las servilletas y manteles en los almacenes baratos, estaba dando auge a un imperio infernal. Ese imperio amenaza seriamente el comercio de otras naciones. Upton Close ha tenido que poner en plural el término nación y para justificarlo dice que el Japón quitó a Inglaterra su primer puesto como fabricante de telas de algodón y a los Estados Unidos, como productor de rayon. Pero el dolor es nada más que por el mal hecho al yanqui imperialista. No puede sentir preocupación por la mala suerte del competidor quien está precisamente tratando de acabar con la competencia. Las alusiones de estos informadores imperialistas a países perjudicados por la política expansionista japonesa sólo tienen en mira despertar odios colectivos contra el competidor que sobrepuja con ímpetu y va triunfando. Inglaterra ha ido perdiendo puestos de dominio en el comercio y la industria mundiales. Pero Inglaterra tiene sus hombres que hacen por mantenerla en pie dominante cuanto sus inteligencias pueden. Es también contra el avance yanqui contra quien esos hombres piensan y meditan. De modo que la amenaza que el vigía yanqui encuentra para otras naciones es puro fariseísmo.

Inglaterra tardó un siglo para crear su imperio económico, dice Upton Close. Ese imperio es el modelo que tiene ante sí Japón. Pero le han bastado diez años para hacer todo lo que necesitó cien. El poder de la máquina es grande y reduce las conquistas de los imperios. Japón ha llegado a una cúspide de dominio inmensa. Lo nota y lo denuncia el vigía yanqui. ¿Y qué cima ha alcanzado el imperialismo yanqui? Pero la alarma no la despierta en el escritor de hoy sino la expansión japonesa.

Es un imperio total el que está creando el japonés. Esto intranquiliza a los informadores yanquis. El yen está hoy por todas partes. Es el nuevo conquistador. Ha destronado al dólar. O al menos, está por destronarlo. Upton Close tiene el más minucioso, y de seguro, verídico informe de las inversiones japonesas en el mundo. El yen ha volado a la América del Sur y a las regiones asiáticas e islas regadas en el mar de estos dos continentes. Con el yen quiere llevar también al japonés que cuide las industrias que él va a crear en cada país a donde ha emigrado. Es lo único nuevo que tiene comparado con lo que a su tiempo hicieron el dólar y la libra. El yen corre como agua fecundante y esto alarma al yanqui imperialista. Si extendiera su dominio fuera de esta América no sería desesperante la alarma. Pero ha caído sobre nuestros países con rapacidad furiosa. Uruguay le entregó isla estratégica cerca de Montevideo y allí ha empezado a crear Japón, el genio de Jiro Takahashi, su ministro de finanzas, una base manufacturera importantísima. Para el algodón, para la maquinaria eléctrica, para automóviles, para muchas industrias habrá cabida en esa base insular. Y gran parte de la materia prima la suministrará el propio Uruguay.

La rivalidad tremenda existente entre estos dos imperios, el japonés que nace impetuoso y el yanqui que desde su cúspide defiende sus conquistas, la pinta el suceso ocurrido con ocasión de la ley que dió la concesión para el establecimiento de la base manufacturera. El Presidente del Uruguay, sumiso al Departamento de Estado, vetó la ley. Entonces las fuerzas niponas influyeron en el espíritu de los congresales y la concesión se impuso como ley de la nación uruguaya. No sabemos cómo a estas horas se ha dado un caso de rebeldía en un país de nuestra América. El Departamento de Estado sabe penetrar las voluntades de gobernantes y congresales hispano-

Versos nuevos

de GRIS

= Envío de la autora.—Cartago, C. R., 1935 =

YIRI

A Xinia, hermanita menor.

Pajarito alegre,
que muy de mañana
saltabas nervioso
cantando a la aurora
tu mejor canción.

Dulce pajarito
que más de una vez
compartimos juntos
en esta casona
quieta soledad...

Ave pequeñita
de vivo color,
qué gusto me daba
todas las mañanas
cuidar de tu jaula.

Darte un baño fresco
que tú recibías
con saltos ligeros;
tu comida limpia,
y un baño de sol.

Yiri, pajarito,
¿te cansaste acaso
de ser animal
y volaste al cielo
a hacerte fanal?

Yiri, pajarito,
con cuánta emoción
te tomé, copito
de blando plumón
y te fuí a enterrar.

En la tarde alegre
que tú celebrabas
allí en el jardín
donde en las mañanas
también tú cantabas.

Yo me arrodillé
para abrir el hoyo
que, quieta, transparente,
lágrima furtiva
rápida marcó.

A mí no me importa
que me crean pueril
porque le hice a Yiri
grave funeral
en vez de entregarlo

A la despiadada
hambre formical
o a otros insectos
que pronto, en la nada,
lo hubieran dejado.

Con su cabecita
mirando hacia arriba
yo lo coloqué,
y en la tierra suave,
como una señal,

Le planté un retoño
de blanco rosal.
Yiri, pajarito,
tu suave plumón
pronto veré en flor...

Costa Rica, 1934.

TRAGEDIA DEL CAFETAL

Cogedora de café,
linda y fresca campesina,
que al desgranar la fruta
tus sueños vas hilvanando:

"Cuando aumente la cosecha
y a mi Juan le paguen más,
el señor cura echará
sobre nosotros ¡bendito!
un lazo que ni el pizuicas
podrá desatar jamás".

Así pensaba Camila
la linda muchacha fresca,
mientras su sangre joven
animaba su mirada.

Un ruido oyó en ese instante
como de hierba al moverse,
y creyendo era su Juan
se volvió muy ligerita.

Y al punto se sintió presa
en los brazos del patrón
que la estrechaba y besaba
con una bestial pasión.

Luchando por escaparse
de tan odiado truhán,
la muchacha sorprendió
entre unas matas, detrás,
a su enamorado Juan,
que había seguido al señor.

Con ojos de amor la miró.
Su faz empalideció,
y sacando su cutacha
destazó al rico patrón.

Y ¡claro! hoy el pobre Juan
descontando su condena
allá en la isla San Lucas
seca su carne morena.

Aquí la pobre Camila
llora y llora sin consuelo
marchitando su hermosura...

Yo la he visto noche a noche
cuando hay una luna bella
dirigirse al cafetal;
se sienta bajo la mata
donde enterró su ilusión,
y busca, con su ojo triste
la telaraña de ensueño
que hace diez años tejió
entre esmeralda y rubí...

Costa Rica, 1935.

AÑO VIEJO

Vete presto año viejo,
no te queremos aquí.
Y no olvides de poner
en tu maleta de viaje
las penas y los afanes
que nos quisiste dejar.

Es verdad que has sido bueno
cuando ya te despedías;
pero me trataste mal
cuando entraste como Nuevo.

Vas pasando lentamente,
como muy disimulado,
parece quisieras quedarte
un buen rato a nuestro lado.

Pasa pronto, perezoso,
que tu lugar necesita
el año del 3 y el 5
con 1 y 9 adelante.

Ya oigo sus cascabeles
y huele a mirra e incienso.
Nace optimismo en el alma
y crece el aura de esperanza.

No tengo tiempo de verte,
año viejo que te vas;
estoy en espera del Nuevo
¡con alma y sentidos en pie!

No lo espero ilusionada,
ni en el aire hago castillos,
pero tengo almacenada
para este año, mucha fe.

Año Nuevo, ¡bienvenido!
me gustan mucho tus cifras
¿serán la clave de leer
el secreto de mi vida?

El Radio, Cartago, Dicbre. 31, 1934.

TELARAÑA

Teje, teje, arquitecto diminuto...
Qué de prisa haces tu tela
y muy perfecta te queda.

La simetría que tú empleas
no hay sabio que la conozca,
la combinas muy bien
con estética y resistencia
y tiene su finalidad.

Qué hábil y qué acuciosa
vas para allá y para acá;
parece que tienes prisa
por acabar tu labor.

Dicen los que piensan mal
que es hambre la que te apura,
pero yo que te he observado
les puedo rectificar:

No es ambición, yo lo sé,
lo que te mueve al tejer,
como si tu cuerpo fuese
un fino ovillo sin fin...

Yo también devanaba
el ovillo de mi fantasía
cuantas veces te observaba,
apenas oscurecía.

Una mañana, feliz,
encontré la solución
con la ayuda del rocío
y de un sol muy madrugón.

Para remordimiento
de los que pensaban mal,
que era tu instinto animal
el que impulsaba tu afán,

Vi bien claro, arañita,
que cifrabas tu ilusión
en cazar, de mañanita,
bellas cuentas de cristal...

ARCO-IRIS

Con sobra de gravedad
solemos siempre admirar
cualquier manifestación
extraña de la creación.
Nos sobrecoge un temblor,
la lluvia es siempre misterio

que nos asusta o irrita
si no nos deja salir.

Nace el sol, y cada día
es maravilla mayor;
cada luna es luna nueva,
al ojo de la emoción.

Mas si cuento que esta tarde
vino a jugar a mis pies
con su cinta de colores
un arco-iris de verdad,

Vais a pensar que deliro
o que hablo por embromar.
Así fué: cuando yo lo descubrí
ya estaba echado allí
jugando con agua y sol
sobre el prado, muy cercano.

Por un capricho ignorado
no quiso irse esta vez
a lucir su matizado
desde un trono sideral.

Como lo ví tan humilde
quise buscar su amistad:
me envolvió en la majestad
de su luz y su color.

Con alegría e ilusión
yo me estuve dentro de él,
hasta que poquito a poco,
fué subiéndose hasta allá...

A deletrear en el cielo
su simbolismo profundo:

Cálmese la tempestad, y luego,
paz a todos en el mundo.

Hoy puedo muy bien decir
sin usar mi fantasía,
que probé hasta la quimera
de vivir en un arco-iris...

Enero, 1935.

MILAGRO

Para ti

Oye: hubo en mi alma
siempre sombras.
Caminaba como a tientas,
y respondía a mi llamada
el eco de mi palabra,
porque nadie entendía
el lenguaje que yo hablaba.

Es por eso que yo nunca
hice una estrofa al Amor;
mientras más viviese oculto
más tendría de eternidad...

Equivoqué mi sendero
por exceso de soñar;
pero pronto comprendí,
y me dí a desandar...

Yo buscaba siempre, ¡siempre!
una voz y una mirada
que quedó, por fatalismo,
en mi ruta, rezagada.

Ni esperanza de encontrarla.
¿Cómo podría vislumbrarla
mi alma, siempre sombría?

Mas su videncia falló.
Porque en un día de oro
que afinaba hasta la coma
toda sensibilidad,

Yo oí tu voz a distancia,
y en tus ojos me miré
por el milagro patente
de psíquica televisión.

Desde ese día de gloria
toda sombra se esfumó,
y ha quedado en su lugar
una aurora ¡toda luz!

Desde que has entrado aquí
al santuario de mi alma,
su manto gris se cambió
y hoy ostenta en su lugar
tenues velos de ilusión.

Ya no se une el entrecejo
donde el pesar se asentaba,
es más dulce la mirada,
y es liviano el corazón.

Mucho más alumbra el sol,
y se puso más azul
la azul mansión del Creador.

Y si vieras las estrellas
cómo se han multiplicado:
así nunca habrá tinieblas...

Cuánto más huelen las flores
y qué intenso su color,
cual si fueran otra hechura
de divino horticultor.

Ya la música es mi amiga
y no me hace sollozar;
le conozco los acentos
de tu voz, ¡tan familiar!

Aunque quizá no he de verte
con los ojos corporales
eso poco se me da:
sé que existes allá lejos,
y muy cerca, en el recuerdo.

Y te tiendo a la distancia,
como puente fraternal,
el corazón ¡llama viva!
para que se apoye en él,
esta amistad tan cordial...

Enero, 1935.

americanos cuando le interesa pasar o no pasar cualquier ley. Lo hecho en Uruguay es de trascendencia porque da precisamente a un imperialismo lo que otro con más años de dominio necesitaba que no se diera a su competidor.

El poder del yen es alarmante para el imperialismo yanqui y con el fin de presentarlo en toda su voracidad, no deja Upton Close en el artículo que nos sirve para esta reflexión, sitio a donde no lo sigue. Hace la denuncia de la base insular uruguaya y no para más en país hispanoamericano. No puede desentenderse este informador agudo de que hay en las aguas del Pacífico y en las que bañan las costas asiáticas una geografía importante que atañe a los Estados Unidos de una manera inmediata. Las posesiones del imperialismo yanqui en esos mares son grandes y tiene que defenderlas. La penetración japonesa es de lo más astuta y eficaz. Upton Close, que tiene conocimientos grandes en cuestiones asiáticas, traza un itinerario delatador. El Departamento de Estado debe de estar alarmado y complacido. En las Islas Filipinas descubrió el Departamento de Estado que una gran industria cauchera con inmensas tierras era controlada por Japón muy hábilmente. Japoneses llegados a la isla Mindanao fueron casando con filipinas adineradas. Pronto tuvieron la posesión de extensas tierras y organizaron la empresa cauchera. El gobierno filipino quiso comprarla por una suma que el japonés quintuplicó al instante. De esta manera la estaca nipona clavada en Filipinas no pudo ser sacada.

Según Upton Close, ningún país del continente asiático ha podido librarse de la penetración imperialista japonesa. Lo que hizo ese imperialismo en Filipinas con el yanqui, hizo en India con el inglés. Entró en India y le modernizó sus hilanderías y le compró su algodón manufacturado. Entró por otro rumbo y cogió a Australia comprándole su producción entera de lana y obligándola por esto a dejarlo introducir su propia maquinaria libre de derechos de importación para explotar minas en suelo australiano. Porque en todas las actividades tiene su fuerza el nipón y sabe cómo entrar en relación con un país y obligarlo a permanecer atado a su alianza comercial. El vigía yanqui describe con excelente claridad lo que está sucediendo.

Volvamos a nuestros países en el relato de Upton Close. Olvidó que la penetración japonesa había hecho en Brasil brecha grande y llamativa. Y ya para finalizar su itinerario relata que en el mes de marzo pasado aprobó Brasil la construcción de una marina mercante con un valor de cien millones de dólares. Y dió el contrato a la industria japonesa. Esta industria establecerá fundiciones y astilleros en Brasil para construir barcos. No alarma tanto el contrato por este aspecto como por el de la forma de pago. El capital lo pagará Brasil en dieciseis años con el cinco por ciento de interés y en productos brasileños. Mientras tanto irán liquidando la deuda que el Brasil tiene con Inglaterra y explotarán las minas de carbón y petróleo y toda otra riqueza mineral.

Son metodos nuevos de penetración. El escritor yanqui que los presenta como denuncia no puede contener su rabia y su desesperación. Esto es penetración económica y no simplemente comercio, exclama alguna vez. No sabemos qué puede cobrarle el imperialismo yanqui al naciente imperialismo japonés. La amenaza que trata este vigía de presentar es tan sólo amenaza para el yanqui. Lo mismo que hizo y hace hoy la fuerza imperialista yanqui, hace y hará la nueva fuerza avasalladora nipona. La rivalidad es clara y parece tener ventajas mayores el japonés. Es más osado en su conquista. La manera como organiza el yen para entrar en un país y clavarse en él dispuesto a no ser desalojado por poder humano alguno, es cosas sin duda que no conoció el yanqui. O si la conoció no la generalizó. El japonés lleva su método a dondequiera que encuentre posibilidad de relaciones con provecho. Como defensa el yanqui hace que los países sometidos a su influencia económica restrinjan por medio de leyes el comercio japonés. Pero nada contiene al impetuoso imperialismo nipón. Salta por encima de esos obstáculos, no brutalmente como ha sido lo usual en el yanqui, sino astutamente. No hace escándalo, ni se impone arrebatando territorios o derrocando sistemas de gobierno. El imperialismo yanqui fué brutal y sin tacto. Este otro logra lo mismo mediante la astucia y una mayor inteligencia para ponerse en armonía con las urgencias de los pueblos que quiere penetrar.

Es curiosa la manera de desarrollarse de estos dos imperialismos. No hay duda que la rivalidad es grande. Pero el caso uruguayo concediendo base manufacturera al japonés, desoyendo las advertencias y amenazas del Departamento de Estado, dice que el japonés sabe aconsejar e infundir ánimo a los pueblos que el imperialismo yanqui ha vuelto casi factorías. No es para alegrarse el dominio de ninguno de estos dos imperialismos; pero sí de sus luchas tenemos que esperar grandes beneficios.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

El Cristo semítico de Jacobo Epstein

Por LUIS CALVO

= De *Diario de Madrid*, 28 de marzo de 1935 =

...No hay término medio con Jacobo Epstein. O se le pregona de genio de los cinceles o se le rebaja a los infiernos eternos del odio y la execración El lector apreciará en la fotografía sus merecimientos, amenguados, claro es, por la cámara. Se trata de una interpretación escultórica de aquel hombre nacido en Bethlehem de Judea en los días del Rey Herodes, y llamado Jesús, el Cristo, hijo de José, marido de María. Epstein, el escultor, judío de raza, como el esculpido, está muy hecho a las tempestades. Cada una de sus Exposiciones las ha provocado tantas y tan ruidosas como las que Jesús provocaba por el Tiberíades, y no sólo en Londres, donde algunos estudiantes apedrearon hace años sus impresionantes alegorías del "Día" y la "Noche", que adornan el edificio del Metro, sino en París, en cuyo cementerio del Pere Lachaise emplazó el monumento a Oscar Wilde, que encolerizaba a la gente de orden, y en Nueva York, donde libraron amigos y enemigos batallas campales con el pretexto de un bronce titulado "La Virgen y el Niño". Jacobo Epstein es el escultor más discutido, admirado y aborrecido del mundo, y acaso el que más dinero extrae de su arte.

Su estatua de Jesuscristo lleva el nombre de "Ecce Homo" ("Behold the man" en inglés). Tiene más de tres metros de altura (once pies exactamente), pesa tres toneladas y su valor en moneda inglesa es de 3.000 guineas, que vienen a ser de 125 a 130.000 pesetas. Epstein se ha negado a explicar la significación de su obra. "Yo veo a Jesucristo así", ha dicho, sin más. Jesucristo, con la corona de espinas, tal como debió de aparecerse al pueblo judío, gigánteo, heroico en su obstinación, impasible al sufrimiento, fanático de la herejía, cuando Pilatos se lo entrega para que lo crucifiquen, si quieren, en virtud de su ley. Jesús Nazareno había herido el corazón de sus creencias, arrogándose el papel de Mesías e hijo de Dios. Si Epstein ha



Ecce Homo

(Por *Jacobo Epstein*)

pretendido dar una interpretación de Jesús a través de los ojos de los judíos que clamaban venganza contra el apóstata y el usurpador, su escultura ciclópea tiene, por lo menos, un alcance racional. La gran calamidad del pueblo judío no ha sido la expulsión de Egipto, ni la destrucción del templo, ni siquiera el advenimiento de los "nazis". La gran calamidad para los judíos ha sido el nacimiento, la vida y la crucifixión de Jesús de Nazareth. Desde hace veinte siglos, los hijos de Israel, con el Antiguo Testamento en el tabernáculo, tienen a este hombre nacido en Bethlehem e hijo de carpintero por el enemigo, obstinado, heroico, mártir acaso, pero irreconciliable, de su religión. Ni al pueblo judío, que esperaba ante el pretorio, ni a una imaginación sincera de israelita moderno y escéptico puede aparecerse el rostro de Cristo, como a nosotros, bañado en dulzura, bondad y serenidad. A nosotros, a primera vista, se nos antoja, no ya blasfematorio, como opuesto a la concepción plástica que se nos ha impreso desde niños en el entendimiento, sino bárbaro y antiestético. Pero, cuando la gente oriental dice que Epstein ha esculpido al Cristo que los orientales tienen en la imaginación, uno empieza a pensar que, independientemente del sentido y la educación religiosa, alguna belleza plástica y evocadora debe de encerrarse en las facciones judías de ese hombre. Resulta, además, que los juicios artísticos y religiosos sobre la escultura están muy divididos, incluso entre la gente de iglesia, acostumbrada a venerar a un Cristo angelical. El deán de la catedral de San Pablo ha dicho: "Me produce una impresión de gran fuerza, y yo creo que está bien. Es muy distinto a la representación de Cristo, débil y sentimental, a que estamos acostumbrados. En su expresión veo un gran poder, como si Cristo, temporalmente vencido por los obstáculos, estuviera seguro de que iba a la postre a dominarlos. Es la interpretación del hombre que no puede ser vencido". No es la única opinión religiosa favorable. Pero abundan e imperan las hostiles. Las que no pueden sufrir la injuria inferida al Cristo tradicional. Las que consideran que la estatua es un ídolo para tribus salvajes. Algunos periódicos se han negado a publicar la fotografía y a hacer comentarios. Otros — y tan populares y ortodoxos como el "Daily Express" — pretenden remover la conciencia artística — abotagada — de los ingleses para hacerles comulgar en la honda emoción artística y humana que late en la obra. Al Parlamento mismo han llegado las protestas. El diputado Sir Cooper Rawson, en una pregunta al secretario del Interior, ha pedido que se retire la estatua de la Sala de Exposiciones de Leicester Square, pues no sólo atenta contra los sentimientos religiosos y la decencia pública, sino que es una amenaza contra la paz y puede dar origen a disturbios. A estas palabras se sumaron otros diputados, y el secretario del Interior limitóse a consignar que no habían llegado a él informaciones que aconsejaran la adopción de medida alguna.

Se avecina, sin embargo, una campaña parlamentaria contra la estatua de Epstein. Hay muchos diputados tercos en el empeño de provocar un gran debate que destierre, finalmente, de la vista de los ingleses "la monstruosa concepción semítica y negroide" del famoso escultor judío.

Imprenta «LA TRIBUNA»